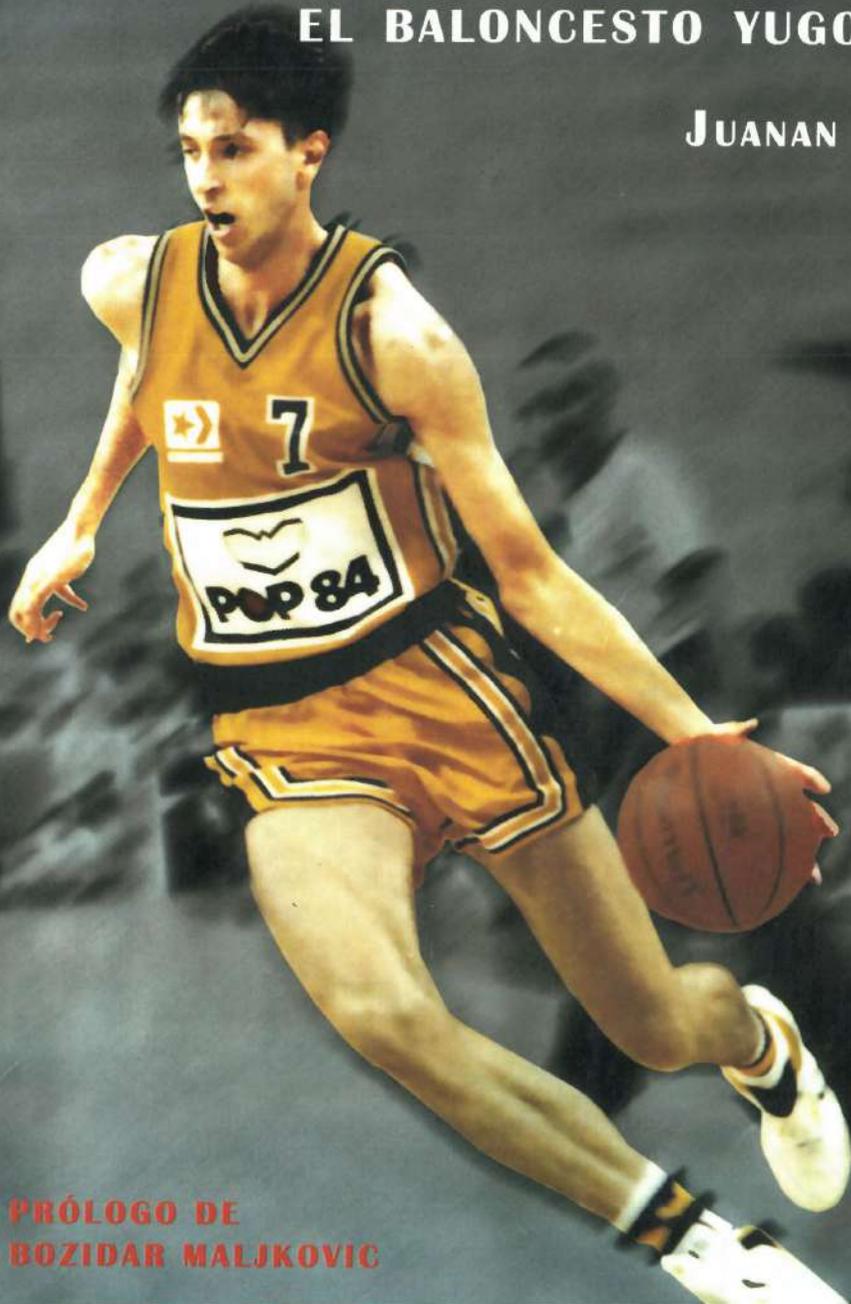


# SUEÑOS ROBADOS

## EL BALONCESTO YUGOSLAVO

JUANAN HINOJO



PRÓLOGO DE  
BOZIDAR MALJKOVIC

## II. Jugadores: más estrellas que en el cielo

Al disputar un partido de baloncesto, cualquier corte hacia el aro, bloqueo directo e indirecto, pase entre compañeros, falta forzada o sistema preestablecido persigue un único objetivo, que es el que le da sentido a todas las acciones previas: anotar una canasta. De la misma manera, todo el modelo organizativo ideado por las mentes pensantes del *jugoslovenska kosarka* tenía un último propósito: crear los mejores (y la mayor cantidad de) jugadores posibles. Al final, son ellos los que van a plasmar sobre la cancha la presunta idoneidad del engranaje y su proceso. Los grandes protagonistas de este deporte.

En esa faceta, el baloncesto yugoslavo se convirtió en la maquinaria de fabricación más prolífica que haya habido en Europa. Especialmente, si se atiende a la proporción respecto a la cantidad de población. Numerosísimos baloncestistas de primer nivel surgieron de un país con no más de 22 millones de habitantes; y, al tratar de encontrar una explicación, suele ser recurrente aludir al factor del talento innato de estos jugadores. En ocasiones de un modo un tanto reduccionista, obviando la importancia de un sistema que, a lo largo del siglo XX, no encuentra parangón en ningún país del Viejo Continente. Esta certidumbre en una capacidad natural de los jóvenes balcánicos para los juegos con pelota ha acabado por minimizar el análisis de las causas originarias del fenómeno, a modo de un determinismo geográfico-biológico devorador de otras fundamentaciones.

Si bien la complejidad del método que puso en marcha el KSJ niega la generación espontánea como argumento absoluto, no es menos cierto que existían diversos condicionantes que propiciaban esta extraordinaria producción de baloncestistas. Es extremadamente complejo inferir el auténtico peso específico de esos factores en el resultado final, y su trascendencia varía según quién sea la persona consultada. Pero resulta evidente que los jugadores yugoslavos poseían unas características ideales para la práctica del deporte. Si su origen es plenamente genético o posee un factor potenciado por el trabajo ideado por la *Inteligencija* es ya una cuestión de íntima creencia. Aunque lo más razonable es aplicar un concepto básico utilizado a lo largo de todo este viaje por el corazón del *kosarka*: el de retroalimentación.

349

### CARACTERÍSTICAS FÍSICAS

*No es país para bajos...*

*Una de las claves del baloncesto yugoslavo, además de una mentalidad ideal para los deportes colectivos, es la morfología. Los genes de los Alpes Dináricos son,*

*después de los de las tribus africanas, los más grandes del mundo por altura. ¿Ejemplos? Zizic, el jugador del Reims, o Radovanovic, del Stade Français. Ellos son originarios de los Alpes Dináricos. Pero debido a las migraciones, los genes originales de esta región se han extendido por todo el país.*

(DJORDJE ANDRIJASEVIC, ex jugador y entrenador yugoslavo, revista *Maxibasket*, 1985)

La imagen asociada tradicionalmente al físico del baloncestista yugoslavo es la de un hombre con una altura por encima de la media en su posición y con una sorprendente coordinación en sus movimientos, teniendo en cuenta su tamaño y envergadura. Es muy común escuchar que en los países del Este (especialmente en Yugoslavia y la URSS) poseen unas aptitudes físicas, sobre todo en lo que concierne a la altura de sus habitantes, que suponen una clara ventaja en la práctica de deportes como el baloncesto o el balonmano, donde la estatura es una cualidad de indudable importancia. Un cliché que es respaldado por los resultados en ambas disciplinas, siendo históricamente dos potencias con plantillas repletas de centímetros en una proporción muy superior a la de los equipos mediterráneos.

En realidad, la media de altura de los habitantes de la antigua Yugoslavia no estaba a la cabeza de un hipotético *ranking* europeo. El país que atesora el índice más destacado es Holanda, habitualmente conocida por ser un gran vivero de futbolistas. Obviamente, la tradición deportiva y cultural de cada estado influye de manera notable en la producción de talentos en las diferentes disciplinas deportivas, y el baloncesto nunca ha gozado de una excesiva popularidad en los Países Bajos. Una repercusión social que sí exhibía en una Yugoslavia donde el *kosarka* se disputaba la supremacía con el omnipresente fútbol, concretamente a partir de la década de los setenta, con la victoria de la *Reprezentacija* en el Mundial que se celebró en Liubliana y la posterior eclosión de la generación dorada encabezada por los Cosic, Kicanovic, Delibasic o Slavnic.

Pero el ciudadano medio yugoslavo no era más alto que el de cualquier otro país. De hecho, Yugoslavia no ocupaba un puesto descollante en lo que a este tema se refiere, estando situada por debajo de la citada Holanda, Alemania, Suecia o Finlandia, a la par que Francia o Italia, y algo por encima de España o Grecia.

¿Por qué motivo, entonces, los jugadores yugoslavos han pasado al imaginario colectivo con esas características? La respuesta reside en dos conceptos básicos. Por un lado, la recurrente *selekcija*, ya que no todos los aspirantes podían practicar el baloncesto organizado, y lógicamente los centímetros era uno de los parámetros valorados en la criba. El mayor elitismo en etapas no profesionales había de incidir forzosamente en que la tendencia fuese una media de altura no representativa de la población, ni tan siquiera del segmento concreto que deseaba jugar al *kosarka*. Complementariamente, la segunda clave se encuentra, como enuncia Andrijasevic, dentro de la propia historia y realidad del país. En concreto, de su relieve. Los Alpes Dináricos son una cadena montañosa que atravesaba

diferentes áreas de Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia, Montenegro, Kosovo y Albania. La anatomía de los habitantes de estas montañas mostraba unas características físicas diferentes a la de las zonas no montañosas. La adaptación natural al medio determina la evolución genética del ser humano, y los requisitos para sobrevivir durante siglos a las duras condiciones de vida imperantes se vieron reflejados en la morfología de sus habitantes, más altos y de compleción más fuerte que en las áreas llanas. La conflictividad política y social predominante en Europa Oriental en los siglos XIX y XX propició un flujo de movimientos migratorios muy notable, el cual se vio reflejado en la movilización de muchos moradores dináricos hacia otras zonas de las diferentes repúblicas.

### *Consecuencias en el kosarka*

Esta mezcla migratoria conllevó que, si bien la estatura media de los ciudadanos yugoslavos no alcanzase a los de otros puntos de la geografía europea, sí que era moneda común encontrar una ingente cantidad de hombres y mujeres de una altura muy destacada. Ya en la década de los setenta el *kosarka* disfrutó de diversos jugadores que rondaban o sobrepasaban los 210 cm de altura, en una época en que, a excepción de la URSS (con una población inmensamente superior a la yugoslava, 293 millones por 22), contar con un par de interiores de ese tamaño —en ocasiones, tan sólo con uno— se podía considerar quimérico para los países punteros de la élite baloncestística europea. Los Cosic, Zizic, Radovanovic o Jerkov eran la envidia de selecciones como Italia, Francia y España.

En la década de los ochenta, la tendencia se acentúa notablemente. Si bien es cierto que en casi todos los países comienzan a surgir ejemplares de esta tipología (derivado en parte por el incremento generalizado de la media de altura de la población mundial), en Yugoslavia el fenómeno se produce en un grado superlativo. Tanto, que se abre una indudable brecha entre el físico de los componentes de la *Reprezentacija* y el del resto de selecciones, a excepción, nuevamente, de los de su tradicional rival soviético.

En el Europeo de 1989, competición en la que la última generación de talentos yugoslavos consigue su primera medalla de oro, el grueso del equipo está formado por jóvenes nacidos en la segunda mitad de los años sesenta. Si se deja de lado a la URSS, de entre todos los participantes en el torneo apenas siete alcanzan o sobrepasan los 2.10 m, y tres de ellos eran del mismo país, Holanda. Una realidad muy diferente a la yugoslava, que podía disponer de multitud de hombres de esas características. En tan sólo siete años, desde la promoción de 1964 hasta la de 1970, por las selecciones inferiores balcánicas habían pasado Stojan Vrankovic (1964, 2.14 m), Zoran Jovanovic (1965, 2.12), Franjo Arapovic (1965, 2.14), Sejo Bukva (1966, 2.13), Miroslav Pecarski (1967, 2.11), Dino Radja (1967, 2.10), Milos Babic (1967, 2.10), Vlade Divac (1968, 2.12), Dzevad Alihodzic (1969, 2.10), Slobodan Kalicanin (1969,

2.10), Marijan Kraljevic (1970, 2.12), Zan Tabak (1970, 2.10) y Rastko Cvetkovic (1970, 2.10).

Además, y por si estos hombres no fuesen suficientes, otros jugadores de más de 210 cm habían quedado excluidos de las convocatorias, como era el caso de los Jakub Genjak (1967, 2.14 m), Bojan Lapov (1968, 2.12), Josip Lovric (1968, 2.13), Amir Delalic (1969, 2.10), Dragan Smiljanic (1970, 2.10), Romeo Cveticanin (1970, 2.11)... Y en el chequeo a los juniors de las siguientes generaciones (1971 a 1973) aparecen los Rebraca, Koturovic, Tarlac, Mutavdzic, Fucka, Gilic o Bulatovic. La producción de hombres altos es abrumadora.

Esta circunstancia conlleva diversas repercusiones en el global del baloncesto yugoslavo, más allá del mero hecho de disponer de gente grande bajo el aro. Por un lado, fomenta la competitividad entre esos jugadores. Tal y como comenta Josep Maria Margall, entrenador de formación al finalizar su etapa de jugador, "en España o Italia, a los jugadores altos se les cuida, se les miman, ya que los pocos que surgen son la gran esperanza del baloncesto del país. En Yugoslavia, los chicos de estas características proliferaban, por lo que se les exigía mucho más, se era mucho más duro con ellos, ya que esa altura no era un valor insustituible para su baloncesto".

Indudablemente, la competencia incrementa el afán de superación, ya que es muy diferente estar años jugando contra rivales inferiores físicamente que batallar cotidianamente contra adversarios de una entidad física similar. La competitividad se dispara, y el hecho de no ser una *rara avis* comporta que el jugador no se pueda acomodar. Por toda Europa, durante la década de los ochenta, alcanzar una determinada altura equivalía a llegar a la selección nacional en una abrumadora mayoría de los casos. Esa garantía no existía en la antigua Yugoslavia, lo cual se traducía en que los jugadores de estas características mostraban —normalmente— una mayor dureza respecto a sus homólogos de otras nacionalidades, sin rehuir el contacto ni la lucha cuerpo a cuerpo. La imagen de hombres muy grandes poco dados a la intensidad en sus acciones estaba muy extendida en otros baloncestos. En el caso *plavi*, y con las lógicas excepciones, la propia selección natural evitaba que estos *gigantes* pecasen de indolencia. El juego físico que propugnaba la Escuela Yugoslava de entrenadores y que constituía parte básica de su formación reforzaba aún más la situación.

Una segunda consecuencia se deriva de la profusión de jugadores muy grandes, ya que esta coyuntura posibilitaba que algunos de ellos desempeñasen funciones algo más exteriores en la pista. Y es que nadar en la abundancia implica poder permitirse ciertos lujos que en otros escenarios resultarían impensables. Un hombre como Dino Radja, con sus 210 cm de altura unidos a una potencia descomunal, estaría abocado en otro entorno a la posición de *center* puro. Pero Radja pudo evolucionar como ala-pívot, ya que la necesidad de centímetros no era perentoria, como en el resto de Europa. De esta manera, se potenciaban otras habilidades de su repertorio, como la velocidad o la capacidad de atacar de cara a canasta, que suponían un salto cualitativo en poderío físico, contundencia

e intimidación en la posición de cuatro. El propio Vlade Divac, sin ir más lejos, ocupó frecuentemente en sus inicios en la selección *plavi* esta demarcación cuando coincidía en pista con Stojan Vrankovic. Situación parecida había vivido Zeljko Jerkov quince años antes gracias a Cosic o Zizic. Son ejemplos, más allá de la significación de los nombres concretos, que permiten inferir la importancia para el estilo y desarrollo del baloncesto yugoslavo de poder disponer de tantos hombres de estas características. No todos podían adaptarse a una ubicación algo más exterior, pero los que reunían ciertas aptitudes físico-técnicas desarrollaban su talento en ese papel.

Sin duda, la posición de alero fue donde esa ventaja física cristalizó en todo su esplendor. En una Europa que andaba buscando a su "tres" alto (con el soviético Myshkin a principios de la década de los ochenta como precursor de un modelo de jugador que sonaba a prototipo), el *kosarka* pudo hallarlo sin demasiados problemas, y no se limitaría únicamente a fabricar diversas muestras, sino también a perfeccionar el patrón. El ensayo y el error facilitan las posibilidades de acertar, y un numeroso grupo de jugadores yugoslavos que sobrepasaban ampliamente los dos metros empezaron a manejarse en labores exteriores. Lo que era utópico para unos, obligados por la carestía de centímetros a utilizar los disponibles cerca del aro, se convertiría en realidad palpable en los *plavi*. Tan sólo los soviéticos pudieron desarrollar una cantidad abundante de aleros realmente altos. El resto de países prácticamente competía con dos escoltas simultáneamente, con algunas excepciones que, en todo caso, no dejaban de ser la misma definición del término.

El salto cualitativo en el juego yugoslavo fue más que evidente cuando surgieron especímenes con el suficiente talento como para asentarse en esa posición con garantías. La evolución llegó a su brillante cénit con Toni Kukoc y Zarko Paspalj; y, en el desarrollo de ambos, la presencia de otros compañeros aún más altos fue una condición de suma importancia. Tanto el croata como el montenegrino podrían haber figurado entre los ala-pívots europeos más destacados de su época, pero fueron los dos mejores aleros altos. No en vano ocupaban posiciones interiores en sus respectivas selecciones juveniles, pero cuando integraron equipos sin esas necesidades específicas comenzaron a desenvolverse en el perímetro.

El efecto dominó es evidente. Hombres como Predrag Danilovic o Arijan Komazec, con sus 2.01 m de altura y su fortaleza física, serían aleros en casi cualquier punto de Europa. En Yugoslavia oficiaban como escoltas. Los jugadores yugoslavos poseían más envergadura que sus rivales en todas las demarcaciones y la ventaja nacía, indirectamente, de las posibilidades proporcionadas por su amplio abanico de candidatos en los puestos de *center*.

*Altura: por genética... y querencia*

La sobreabundancia de centímetros no explica en su totalidad las características específicas de cada posición. Esta es una interpretación parcial que se ha de

completar con una querencia técnica por parte de los entrenadores balcánicos por intentar hacer jugar a hombres de gran envergadura en posiciones lejanas al aro. En algunos casos, como en el de los aleros, es difícil que hubiesen podido producir tanta cantidad en caso de no disponer de la materia prima de la que se beneficiaba la antigua Yugoslavia. Pero, en el puesto concreto de “uno”, lo cierto es que esos argumentos no resultan suficientes para entender la cantidad de bases muy altos que poblaban la liga yugoslava, muchos de ellos sobrepasando el 1.90 m, en una profusión sin equivalente en cualquier otro lugar del Viejo Continente. En ese aspecto, la nomenclatura utilizada en Yugoslavia para los diferentes roles en la pista deviene significativa. Mientras que en la mayor parte de Europa se hablaba de un base, dos aleros y dos pívots, en el *kosarka* se aplicaba la terminología estadounidense (dos *guards*, dos *forwards* y un *center*, que en serbocroata se denominaban *bek*, *krilo* y *centar*), fenómeno que deja traslucir una clara voluntad de dotar de significación real, en el desarrollo del juego, a las palabras empleadas.

Ya en las selecciones de los años setenta, con Kicanovic, Simonovic, Solman o Delibasic a la cabeza, los hombres exteriores intercambiaban posiciones con asiduidad y no necesariamente ejercían la misma función que en sus clubes de origen. Mientras en España e Italia abundaban los bases bajos monopolizadores del rol de organizador, en Yugoslavia una notable cantidad de conjuntos utilizaba una dirección mucho más compartida, siguiendo esa tradición en los años ochenta la Cibona de los hermanos Petrovic y Cvjeticanin o la propia selección *plavi* con los Zdovc, Drazen, Radulovic y Radovic, entre otros muchos ejemplos. Producto de esta “multidirección”, muchos de ellos ejercían de bases o escoltas en su club dependiendo del entrenador que tuviesen o los compañeros que les rodeaban. Dicha tesitura, unida a la ancestral predilección de los técnicos balcánicos por los jugadores altos, desembocó en una amplia proliferación de bases muy grandes. El fenómeno no se veía reflejado tan sólo en la *Reprezentacija*, sino que los Lakicevic, Rade Milutinovic, Sasha Obradovic, Petar Naumoski, Luka Pavicevic, Dragan Aleksic, Vladimir Dragutinovic o Ivan Kapov —todos ellos nacidos entre 1967 y 1970 y superando ampliamente el 1.90 de altura— eran moneda común en los conjuntos de la competición yugoslava. Este movimiento no se circunscribió a la década de los ochenta, pues Aza Petrovic había sido un claro precursor diez años atrás, pero la tendencia se incrementó en ese periodo hasta el punto de que prácticamente todos los equipos disponían, como mínimo, de un hombre de esas características.

Derivado de todas estas particularidades no resulta extraño observar que en Zagreb'89 la selección *plavi* presentase una media de altura absolutamente apabullante para sus rivales, con Zdovc, Petrovic y Danilovic repartidos las posiciones de base y escolta, Kukoc y Paspalj las de alero, y Radja, Divac y Vrankovic las interiores. Cualquier combinación entre estos jugadores obtenía como resultado un quinteto muy por encima de los dos metros de altura. Adelantados a su tiempo.

...y coordinación

Pero la estatura no es la única singularidad fisiológica del jugador yugoslavo. Siendo una cualidad muy útil en el baloncesto, por sí sola no basta para entender las tremendas aptitudes físicas de los baloncestistas balcánicos. Altura y fuerza, sí. Pero ambas características van acompañadas de una tercera virtud que es la que dotará al conjunto de su potencialidad máxima: la coordinación.

Se han escrito infinidad de artículos periodísticos haciendo referencia a la facilidad de los deportistas yugoslavos para los juegos colectivos con balón. Numerosas variables explicarían dicha afirmación. Los deportes grupales implican una inteligencia dinámica para interpretar el sentido táctico del juego, una buena visión del pase y el compañero, la astucia necesaria para anticipar los movimientos de los adversarios u otros miembros del propio equipo... A nivel físico, resulta indispensable poseer una buena coordinación. Cada deporte precisa de una serie de capacidades motrices específicas, que habitualmente se desarrollan a partir del talento natural de cada individuo y de la práctica diaria a través del entrenamiento. Por ello, y aunque cualquier atleta de élite ha de trabajar las cuatro capacidades físicas básicas —fuerza, velocidad, resistencia y flexibilidad—, cada especialidad conlleva una potenciación diferente. La diversidad de exigencias de cada disciplina promueve un desarrollo físico acorde al objetivo final de dominar un área en concreto. Pero dicha especialización, necesaria para llegar al más alto nivel, no implica que explorar otros ámbitos no sea productivo. En el caso del baloncesto, ciertas capacidades específicas de otros deportes pueden dotar de más riqueza al conjunto, siempre y cuando las propias e indispensables hayan sido adquiridas.

La intensa y variada educación deportiva de Yugoslavia ejercía un papel fundamental en el proceso integral que caracterizó a sus atletas. A nivel escolar, la preponderancia de la educación física y su relevancia eran superiores a los de otros países europeos, siendo además complementada con escuelas de deporte creadas por el Gobierno, gratuitas y en las que ingresaban la práctica totalidad de los niños y niñas del país. Ese entorno facilitaba a los alumnos de cualquier colegio tener contacto con multitud de disciplinas deportivas: “En España o en la actual Croacia, si quieres jugar a algo tienes que pagar. En Yugoslavia llegabas y decías: ‘Eh, soy tal, quiero jugar’ y no se pagaba. De pequeño, practiqué la natación, hice veleros, balonmano... Era un modo de vida en la Yugoslavia de aquella época. Sólo hay que ver el ejemplo de Split: con 300.000 habitantes, de allí han salido campeones olímpicos, jugadores NBA... Yo jugaba al balonmano y tenía un primo en el primer equipo de la Jugoplastika, por eso entré en las categorías inferiores, ya con 14 años. Los que empezaban antes, lo hacían con 12 o 13. Ahora tengo un hijo de 12 años y ya lleva tres jugando. En esa época no se hacía eso con el baloncesto. Se empezaba con deportes de base como la natación o la gimnasia, pero no con el fútbol o baloncesto”, comenta Zan Tabak.

Como consecuencia de esta organización, es común en la biografía de muchos jugadores del *kosarka* haber hecho incursiones –muchas veces, de manera federada– en otros ámbitos. La especialización baloncestística llega de forma tardía, puesto que la variedad de la oferta retarda la decisión definitiva de los chavales a los que les gusta el deporte. “Yo empecé a jugar a los 14 años. Antes probé casi todos los deportes: fútbol, balonmano, natación, waterpolo... Como se suele decir, ‘año nuevo, deporte nuevo’, y yo lo seguí al pie de la letra”, comenta Dino Radja, recordando su infancia en Split. Su ex compañero Dusko Ivanovic, montenegrino, describe una experiencia similar: “En el colegio los practicábamos casi todos. Yo estuve en equipos de fútbol, balonmano, atletismo y otros deportes... Todo el mundo tenía que saber jugar a todo. Después, cuando veían si tenías talento para uno u otro, o había alguno que te gustase más que los demás, empezabas a jugar”, recuerda, añadiendo: “Era un sistema totalmente diferente al de la actualidad, que es mucho más especializado, y que con 11 o 12 años ya se sabe quién tiene talento y empieza a entrenar”.

Ejemplos emblemáticos hay muchos y de cualquier época. Mirza Delibasic llegó a ser campeón infantil de tenis de la República Bosnia. Dalipagic jugó al fútbol hasta los 18 años, en el conjunto filial del Velez de Mostar (su sobrenombre de *Praja* viene de la semejanza de su juego con el de un miembro del primer equipo). Korac desarrolló su potencia en el salto de altura o balonmano. Como él mismo explica, Dino Radja conoció las interioridades del fútbol en el Hadjuk Split durante algunos meses, deporte del que Divac fue portero hasta los 14 años. Kicanovic practicaba el ciclismo y el proceso de rehabilitación de una lesión producida por una caída llevó a un doctor a recomendarle que probara en otra disciplina. Paspalj experimentó con el fútbol, el balonmano y el voleibol, mientras que Toni Kukoc fue campeón infantil de ping-pong, imponiéndose a Zoran Primorac, uno de los futuros mejores jugadores del mundo por parejas. Posteriormente, entrenó al fútbol en el Hadjuk Split (como Radja), disciplina que cuentan dominaba Moka Slavnic a un nivel que le podía equiparar a verdaderos profesionales. “Bueno, yo simultaneaba hasta once deportes diferentes”, recuerda Zoran, sonriendo. Franjo Arapovic, después de ser campeón de Europa con la Cibona y miembro de la selección yugoslava, fichó por un equipo de balonmano de primera división...

Los anteriormente nombrados no son casos aislados. Más allá de que, como es lógico, en cualquier país europeo se puede encontrar ejemplos de jugadores que hayan probado suerte en otras disciplinas, en Yugoslavia el caso aislado deviene en moneda común. Un amplio porcentaje de sus baloncestistas tuvieron una iniciación deportiva multidisciplinar.

Tradicionalmente, no se le ha concedido demasiada importancia a esta situación tan particular del modelo yugoslavo. El mantra afirma que los jugadores balcánicos eran más altos y coordinados que los de otros países, y esta teoría parece sustentarse en una interpretación genética. Y, existiendo una base que permite fundamentar el resultado final en la mera aptitud biológica, no se puede

obviar la trascendencia de haber realizado incursiones en otros deportes. Muchos chicos llegaban vírgenes hasta los 14 o 15 años –en algunos casos, incluso después– a su profundización en el mundo del baloncesto; pero con una complexión, coordinación y habilidades motrices plenamente trabajadas para adquirir sus preceptos técnicos específicos. Ettore Messina pone de ejemplo a un jugador al que conoce muy bien: “No puedo hablar en general. Yo puedo explicar el caso de Danilovic. Predrag juega al fútbol muy bien. Él empezó a jugar profesionalmente, en el sentido de que el baloncesto pasó a ser importante en su vida, a los 14 años. Antes, como la mayoría de los chicos de Yugoslavia, había practicado muchos deportes. Y esto le dio una gran naturalidad en sus movimientos. El mismo Dalipagic empezó a los 18 años después de haber probado en otros deportes. Muchos de estos jugadores saben jugar muy bien al tenis, por ejemplo. Recuerdo que, en mi segunda etapa en Bolonia, jugábamos siempre al fútbol antes de los partidos importantes. Era casi un rito, para rebajar un poco la tensión. Y Zoran (Savic) y Predrag jugaban de manera increíble, a pesar de la altura”. La habilidad para el fútbol u otras disciplinas era compartida por muchos jugadores yugoslavos. La gran mayoría. Aunque, paradójicamente, una de las pocas excepciones sea uno de los baloncestistas más ilustres de Yugoslavia: “Con la Cibona, siempre jugábamos a fútbol sala durante la pretemporada, y todos éramos unos virtuosos. Todos, menos Drazen. Era, de largo, el peor de todos. El suyo era un caso muy particular. Era un especialista en baloncesto. Sólo en eso. Se volvía loco porque me quería ganar en natación, pero el pobre jamás podía”, recuerda Aleksandar Petrovic, con evidente emoción en su voz. Pero, como siempre y en todo, el pequeño de los Petrovic se salía de la norma: “Puede que Drazen fuese el único jugador que yo conozca que era antitalento para el resto de deportes. Además, desde el principio, su gran pasión siempre fue el *kosarka*”.

Drazen al margen, el no haberse centrado desde un inicio en el baloncesto era una señal de identidad de los jugadores yugoslavos. En este sentido, diversos estudios de Educación Física defienden que una especialización previa desde muy temprana edad no equivale a una formación más completa, puesto que limita el desarrollo de algunas capacidades y virtudes, además de devenir, con el paso del tiempo, en una cierta degeneración de los conceptos asimilados. Paralelamente, la educación multideportiva permite incorporar destrezas que serán provechosas en un futuro en el marco de una disciplina concreta. El propio técnico Ettore Messina cree que la amplitud formativa era un aspecto crucial del *kosarka*: “Esa no especialización prematura para mí es muy importante. En Italia, por ejemplo, perdimos muchos jugadores porque el deporte está hecho por los clubes y no por los colegios. Los clubes empiezan con los chicos cuando aún son muy, muy jóvenes. La especialización es muy temprana, y por eso tenemos un porcentaje de chicos que abandonan un deporte, porque están cansados, o porque a los 13 o 14 años se dan cuenta que no es su deporte. La oportunidad de elegir después les puede ayudar mucho a encontrar su deporte natural y a no

tener personas frustradas o infelices. Esto para mí es un problema enorme de nuestro baloncesto y una de las grandes virtudes del sistema de la antigua Yugoslavia”.

Ahondar en una especialidad una vez el cuerpo ya estaba plenamente educado conllevaba además, en el caso de los jugadores yugoslavos, una asimilación muy rápida de los objetivos técnicos. Los adolescentes adquirían las cualidades motrices y coordinativas globales para posteriormente complementarlas con los movimientos y gestos específicos. Un proceso que se desarrollaba con inusitada celeridad: “Empecé a jugar a baloncesto con 14 años. A los 15 ya estaba en el primer equipo del Bjelo Polje”, recuerda Ivanovic. “Me inicié muy tarde, a los 18 años, con la Jugoplastika. Prácticamente en los últimos meses de júnior. Tres años después ya estaba en la selección absoluta. ¿Por qué? Porque practicaba otros deportes. Balonmano, waterpolo... Y conseguí llegar a un nivel bastante alto”, afirma, por su parte, Petar Skansi.

Observando la depuradísima técnica individual de Kukoc o Delibasic puede resultar sorprendente que dieran sus primeros pasos en el *kosarka* a los 14 o 15 años. Muy poco tiempo después, con apenas 18, ya dominaban todos los secretos del juego. La clave residía en una instrucción mucho más extensa que esos tres años, incorporando atributos que enriquecían y complementaban a los que naturalizarían al adentrarse en el mundo de la canasta. Las exhaustivas sesiones de los entrenadores de base cerraban el círculo, realizando una cantidad ingente de entrenamientos mañana y tarde que aceleraban la puesta a punto de los jóvenes talentos. “Cuando empecé a jugar a baloncesto, durante los dos primeros años, realizaba tres entrenamientos al día con Zeravica”, recuerda Drazen Dalipagic. No era un caso único: “Pasé varios años haciendo tres entrenamientos diarios, además de tener que ir al instituto”, explica Zan Tabak. Resulta significativo, además, que los técnicos balcánicos le concedieran mucha importancia en sus planteamientos a la práctica de otras disciplinas. En las categorías inferiores de la Jugoplastika de Split hacían jugar partidos de fútbol a los jugadores, creyendo que ello potenciaba el desarrollo de la visión de juego en un espacio más amplio (y con más compañeros) y la coordinación general. También Zeravica, como cuenta Nacho Solozábal, solía hacer este tipo de ejercicios al primer equipo del FC Barcelona. La consumación de todo el proceso que protagonizaban los adolescentes de Yugoslavia cristalizaba en hombres que debutaban en la alta competición con un desarrollo motriz más completo del que hubiesen consolidado de haberse limitado a jugar al *kosarka* desde niños.

A la vista del perfil medio del jugador yugoslavo, no parece que la especialización tardía le reportara carencias. Desde la década de los setenta hasta la escisión de Yugoslavia, la valoración del dominio de los fundamentos de los balcánicos fue unánimemente alabada, sirviendo frecuentemente de ejemplo y espejo para otros países. En líneas generales, una amplísima mayoría de jugadores de la *Prva Liga* hacían gala de una técnica individual depuradísima.

La dotación genética y el sistema educativo-deportivo explicaban parte de este fenómeno. Naturaleza más ambiente. Pero había un tercer argumento de peso: la Escuela Yugoslava de entrenadores.

## CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS

*Los grandes jugadores de los países ex yugoslavos gozan de excelentes habilidades en el manejo del balón. Nosotros nunca separamos a los jugadores del juego interior de los del perímetro. Los diez hacen las mismas cosas cuando trabajamos aspectos técnicos. El baloncesto del futuro se basará en jugadores polivalentes.*

(BOZIDAR MALJKOVIC, en una entrevista concedida a la revista *FIBA Basket* en 1994)

El perfil técnico de los baloncestistas eslavos va indisolublemente asociado al tipo de juego que desarrollaban los entrenadores de cualquier equipo de la antigua Yugoslavia. El celeberrimo juego libre que propugnaron desde sus inicios Nikolic, Zeravica y Novosel marcó la pauta de fabricación de los jugadores que habrían de materializarlo. La “libertad organizada” demandaba unas características muy concretas, resumidas en la absoluta necesidad de que el grueso de los integrantes de una plantilla dominara con naturalidad los fundamentos ofensivos básicos del baloncesto: bote, pase y tiro. El enorme peso de las ideas de los técnicos en la maquinaria global del *kosarka*, junto a la fuerza que suponía el que poseyeran un ideario común, se veía traducido en un estilo muy similar en sus diferentes equipos y selecciones, ya fueran de formación o en el último nivel competitivo. Esa homogeneidad demandaba también un proceso de aprendizaje que dotara a los futuros protagonistas de las armas necesarias para llevarlo a cabo. “La Escuela Yugoslava era una manera de ver el baloncesto: trabajar mucha técnica individual, dar mucha libertad a los jugadores, especialmente en categorías inferiores. Cada equipo tenía hombres muy preparados técnica y tácticamente. En este sentido, la metodología de entrenamientos era muy parecida. Se trabajaba mucho la técnica individual y los fundamentos básicos, cosa que servía a los jugadores para adaptarse, cuando llegaban a categoría sénior, a cualquier sistema o cualquier entrenador, independientemente de la filosofía que tuviese o de su manera de ver el baloncesto”, argumenta Dusko Ivanovic.

Afirmar que un jugador ha de dominar todos los fundamentos ofensivos pudiera parecer una obviedad en pleno siglo XXI, cuando el baloncesto es un deporte global. No resulta tan evidente en una Europa que fue introduciéndose en las interioridades del mundo de la canasta a un ritmo desigual y con una profundización dispar según el punto geográfico que se adquiriera de referencia. El progreso fue lento y, en la transición hacia el baloncesto moderno, Yugoslavia tomó la delantera al resto de países europeos, impulsados por las doctrinas que

Nikolic había importado de los Estados Unidos, aunque no tan sólo gracias a eso. “Yo he visto cómo trabajaban en EE.UU. y pienso que algunos fundamentos los trabajábamos mejor que allí. Por ejemplo, los de los hombres altos. Fuimos capaces de formar pivots altos, bajos, delgados como Cosic, muy corpulentos como Curcic... Jugadores grandes muy diferentes. Teníamos una gran metodología, y en algunos aspectos concretos como en las salidas y las fintas, conseguimos mejores resultados técnicos”, afirma Ranko Zeravica.

Los equipos yugoslavos desprendían un aroma diferente al de sus rivales. Y esa fragancia no era indefinida, sino que se veía expresada en un juego mucho más conceptualizado, basado en hombres que conocían y utilizaban con suficiencia los diferentes fundamentos técnicos ofensivos. Si la afirmación resulta demasiado aventurada, no hay prueba mejor que visitar un enfrentamiento cualquiera entre dos combinados de diferentes países, sabiendo que uno de ellos es yugoslavo pero sin identificarlo previamente. Una vez observado el desarrollo del partido, no resulta demasiado complicado intuir cuál pertenece al *jugoslavenski kosarka*. La escuela técnica balcánica poseía unas señas de identidad fácilmente reconocibles. En la actualidad, la expansión del baloncesto y las interacciones entre diferentes países, además de un cómodo acceso a la información desde cualquier punto del mundo, han llevado a que las diferencias entre las diversas escuelas formativas sean prácticamente imperceptibles. Repetir el mismo proceso no permitiría extraer ninguna conclusión.

Pero el jugador yugoslavo surgido en aquella escuela era una rara avis a nivel continental. El objetivo de alcanzar la máxima potencialidad técnica era el fin prioritario de las sesiones de entrenamientos con las que se iniciaban en los secretos del juego. El talento físico natural que poseían para la práctica del deporte se veía complementado con una exorbitante cantidad de sesiones preparatorias, muchísimas más que las que realizaban los jugadores de otros países. Y en ese periodo de formación alcanzaban un grado de madurez técnico que los situaban por encima de los demás en este apartado. La ecuación es sencilla: al talento biológico innato se le añadía una rutina de entrenamientos de máxima exigencia en todos los sentidos, ideados además por la escuela de entrenadores que se destacaba en la vanguardia europea, aspecto decisivo. “Perfeccionar los gestos técnicos al máximo fue algo muy nuestro, era algo que estuvo en nuestras raíces desde siempre. Tuvimos entrenadores muy poco conocidos que toda la vida trabajaron con los jóvenes y se dedicaron a desarrollar la metodología adecuada. Uno de ellos era Zdravko Kubat, que formó en el Estrella Roja a la generación de Kapicic, Slavnic y Simonovic. Otro es Bora Cenic, que empezó en el Radnicki. Bora entra en elementos tan específicos que no puedes ni imaginarlos antes de hablar con él. Y cuando te explica un elemento es como hacer un doctorado. Entra en calidades del jugador a un nivel muy, muy profundo”, explica Ranko Zeravica. “Bora Cenic fue un pionero en la enseñanza de los fundamentos, era un auténtico maestro”, corrobora Svetislav Pesic. De nuevo Zeravica es el que habla de Cenic: “Bora siempre pensaba en cómo podían mejorar los juga-

dores y eso depende no sólo de la teoría de los fundamentos sino de las posibilidades del individuo concreto. Nosotros pensábamos mucho si algo convenía o no a tal jugador. Por ejemplo, uno que tenga las piernas largas: si quiere superar con *dribbling* no puede hacer el bote bien, pues es necesario tener piernas cortas. O un blanco superar con bote a un negro. No puedes sobrepasarlo por bote. Has de hacer movimientos inteligentes, buscar contactos... En Yugoslavia siempre desarrollamos un baloncesto muy práctico, se eliminaba todo lo que no servía para las características específicas del jugador. ‘¿Por qué haces esto que no le conviene a tu físico o a tu postura?’, les repetíamos a los jóvenes. En el proceso de *selekcija*, hacíamos muchos análisis de las posibilidades individuales de cada jugador”.

El otro gran especialista en la formación técnica fue el croata Slavko Trninic, un hombre que trabajó concienzudamente los fundamentos de los adolescentes Toni Kukoc, Dino Radja, Arijan Komazec o Dejan Bodiroga durante su periplo en Split y Zadar. Sintomático es el detalle de que prensa y público, desconocedores del origen común, denominasen en un principio a Bodiroga como “el nuevo Kukoc”, aunque en realidad con quien mostraba un estilo casi clónico en sus gestos con el balón fuese con el propio Komazec (a su vez, un émulo de Drazen Petrovic). Trninic, además, era uno de los dos grandes *doctores* del baloncesto en Yugoslavia (junto a Milivoje Karalejic, el cerebro de la preparación atlética de la generación de Bormio), es decir, profesores universitarios de Educación Física que se doctoraron en *kosarka*, del que eran entrenadores titulados. Una condición que amplió su radio de acción por todo el país: “Trninic le dio una nueva dimensión a la metodología de entrenamiento en categorías inferiores y seniors. Aprendimos mucho de él, tanto en los aspectos técnicos como en los físicos, e influyó en la mejora de muchísimos jugadores”, recuerda Svetislav Pesic. “Era un gran teórico. Con la selección fue asistente de todos los grandes: Nikolic, Zeravica... Era capaz de tener a sus jugadores trabajando siete horas la técnica individual”, explica Neven Spahija.

Aunque los cuatro jugadores citados compartían semejanzas a la hora de realizar fintas, salidas o paradas, el parecido no se restringía a los jóvenes tutelados por Slavko. Porque la permanente interacción e intercambio de conocimientos era parte del entramado yugoslavo. “Los grandes talentos coincidían muchísimas veces en diferentes campus, en los que los mejores entrenadores trabajaban con ellos. Zlatibor, Pula... Había muchísimos durante el año. Era parte importante de la planificación de la Federación”, ilustra el mismo Spahija. Samir Avdic, sentado en una terraza de Sarajevo, rememora aquella época con nostalgia. “Sí, íbamos a una gran cantidad de campus durante el año. Mi primer gran campus fue el de Pula, en 1983. Kresimir Cosic o Zmag Sagadin, entre otros, trabajaban con nosotros. Había algunos entrenadores estadounidenses, otros de Serbia... Aún guardo la foto, ese es el primer recuerdo que tengo de la generación de Bormio. Nos ves la cara y no nos reconoces...”, explica, sonriendo, el antiguo alero del Bosna Sarajevo.

Y, en esas concentraciones, la figura de Slavko Trninic fue muy importante. “Pocos meses después, mi generación júnior fue a un campus con el doctor Trninic en Split”, rememora Avdic. “Claro, Split era una ciudad de baloncesto, y mucha gente vino a ver los entrenamientos al pabellón Gripe. Cuando Trninic nos dio dos pelotas de tenis a cada uno para hacer *dribbling*, todo el mundo miró sorprendido. Eso es algo común hoy en día, pero hablamos de 1984. La gente se decía ‘este profesor Trninic está tonto’. Estuvimos una hora corriendo como locos con dos pelotas de tenis. Bote simultáneo, alternativo, una por arriba y la otra por abajo... ni tiramos a canasta. Hoy en día, ves jugadores profesionales que no dominan todos los fundamentos, que no saben dar un pase picado con la izquierda, en 45 grados, al poste bajo. Nosotros nos estábamos horas dando miles de pases contra la pared, miles. O el tema de los pasos y dobles que hacen muchos jugadores de hoy. Los pivotes, las fintas... Eso es porque no dominan todos los fundamentos básicos. Y en aquella época, en Yugoslavia, pulir los fundamentos era un dogma. Slavko Trninic tuvo mucho que ver en eso. Era un adelantado a su tiempo”. El premeditado *feedback* entre los preparadores y jugadores de cualquier punto del país (y la exhaustividad en el proceso pedagógico), junto a la manifiesta querencia por la difusión de los nuevos conocimientos y técnicas, derivó en que muchos de los talentos yugoslavos exhibieran unos fundamentos concretos que les hacían reconocibles a simple vista. “A nivel técnico, los yugoslavos desarrollaron fundamentos propios. Por ejemplo, en algunos tipos de pase, así como gestos como las fintas sin mover los pies”, afirma Ettore Messina al respecto. Y es que, como en otras muchas cosas, resulta muy difícil disociar la calidad técnica de los baloncestistas balcánicos de la influencia directa de sus entrenadores.

Aunque la influencia también podía ir, en ocasiones, en el sentido inverso: “En los gestos técnicos, los entrenadores aprendimos mucho de los jugadores. Algunos tenían tanto talento... Drazen, por ejemplo, hacía muchas cosas, y luego los entrenadores las miraban y se las enseñaban a los otros. Kicanovic, también. O Slavnic...”, explica Neven Spahija, gran amigo de la infancia de Drazen Petrovic. El hermano mayor del genio de Sibenik, Aleksandar, sentado en una mesa del café Amadeus que abrió el propio Drazen, muestra una percepción similar: “Cada una de las grandes estrellas históricas de la *Reprezentacija* tenía una jugada propia. Eso es algo muy particular. Dalipagic daba dos botes, frenaba en seco, saltaba un metro y tiraba. Luego, claro, hacía ese movimiento mil veces al día. Kicanovic tenía aquel cambio de mano tan característico, tremendo. Mi hermano, el cambio combinado entre las piernas y por detrás, para entrar en la zona y hacer una parada. Todo el mundo hacía bandejas, y él fue el primero que saltaba y caía con los dos pies al mismo tiempo. El rival no sabía qué hacer. Con esa parada, te fintaba; si saltabas, metía una pierna; si no lo hacías, tiraba; si llegaba la ayuda, la pasaba...”, expone Aza. “De Drazen, de Cosic, de Kicanovic, de Slavnic, de Delibasic, de Dalipagic... de todos se podía aprender. Los entrenadores los miraban y luego se lo explicaban a la siguiente generación. Servían de

inspiración y modelo”, amplía Neven Spahija. *Feedback*. De todo y de todos se puede aprender. Ya se encargarían los entrenadores de extender los nuevos movimientos. O de cómo el inconfundible *látigo* de Kicanovic fue reproducido por Danko Cvjeticanin y popularizado en Europa por Dejan Bodiroga.

La propia metodología de los formadores –basada en la repetición de movimientos y gestos elementales– devenía en pieza clave del resultado final. Aunque pudiera parecer, a nivel visual, que los jugadores yugoslavos tenían una especial facilidad y naturalidad para botar o pasar, lo cierto es que esa sensación es producida por la morfología estilizada de la gran mayoría de ellos. El talento natural podía simplificar las cosas, pero detrás del producto definitivo que se mostraba en las canchas había un concienzudo y agotador trabajo de repetición tras repetición. Es posible que sin esa capacidad innata el nivel alcanzado no fuese de igual brillantez. Pero también es seguro que, sin el sistema de entrenamientos que habían seguido, ese dominio de los fundamentos difícilmente hubiese sido factible. El propio Slavko Trninic siempre declaró que la capacidad de los formadores y los métodos utilizados significaron un setenta por ciento del resultado final. El ex jugador y entrenador Petar Skansi piensa de una manera parecida: “No es verdad que los jugadores yugoslavos nacíamos con una habilidad natural para el baloncesto. El gran éxito del *kosarka* fue producto de la aportación de todos sus estamentos. Los entrenadores eran los que creían en el trabajo, desarrollaron una manera de hacer. Y los jugadores trabajaban muchísimo”. Dino Radja coincide en la idea básica de esa argumentación: “Teníamos un talento natural para el baloncesto, pero lo que se veía siempre fue el resultado del trabajo. Tiene que haber algo en ti para sacarlo fuera, pero era una cuestión de trabajo”.

Neven Spahija cree, por el contrario, que el talento fue el factor primordial, si bien no el único: “¿Talento natural? Seguro que hay países con más talento natural que otros. No creo que sólo fuese trabajo. Con mucho trabajo no puedes sacar los mismos jugadores en Bélgica que en Serbia o Croacia. Hay que tener en cuenta que se practicaba mucho el baloncesto, que había mucha competencia, mucho conocimiento del juego por parte de los entrenadores, gran cantidad de gente alta...”. Uno de los ideólogos del *kosarka*, Ranko Zeravica, añade un matiz: “¿Talento innato? No, eso no es cierto. Era una cuestión de *selekcija*. Los jugadores que la gente veía tenían un talento natural, claro que sí, pero era una cuestión previa de selección, no de que todos los yugoslavos tuviesen talento”. Petar Skansi defiende que fue un fenómeno retroalimentativo. “Había un sistema muy bueno. Y los jugadores trabajaban muchísimo. Como se decía por aquellos entonces, ‘el que no se moja el culo, no pesca peces’. Actualmente, los jugadores trabajan menos, mucho menos”, sentencia el ex seleccionador de Yugoslavia y Croacia.

Porque los baloncestistas yugoslavos eran un caso excepcional en esa faceta. No sólo por el exigente ritmo impuesto por sus técnicos, sino también por su propio afán individual de mejora. “Formaba parte de nuestra educación deportiva. Nosotros éramos casi como perros, siempre necesitábamos trabajar más”,

afirma, contundentemente, Samir Avdic. Un ejemplo revelador es el de Predrag Danilovic, una de las estrellas más dominantes de la década de los noventa: “En la época en que no pude jugar por el traspaso del Bosna al Partizan, me entrenaba siete u ocho horas diarias. Hacía las sesiones de todos los equipos del Partizan: con la primera plantilla, con el júnior, con los juveniles... Además, realizaba entrenamientos individuales por mi cuenta”, comenta Predrag, sentado tranquilamente en una terraza de Belgrado. El siguiente en hablar está en ese momento en Barcelona: “Yo siempre digo una cosa: no conozco a ningún gran jugador que tan sólo haga el entrenamiento que hace el grupo. Cuando hablamos de técnica individual y todas esas cosas, también es una cuestión de trabajo personal. Alguien que es listo y entiende no necesita a un entrenador, sino a una persona que le pase el balón o a un compañero con el que jugar uno contra uno”, afirma Zejko Obradovic.

A veces, ni eso. Danilovic no está sentado a su lado dialogando con Zeljko, pero lo parece. “Yo, además de todas las sesiones con diferentes equipos del Partizan, trabajaba individualmente mucho, mucho, mucho. Metía mil canastas cada día. No tiros, sino canastas acertadas. Al principio tardaba cuatro o cinco horas, pero poco a poco fui mejorando y tardando menos tiempo. Me iba a las siete de la mañana a Kalemegdan, a la pista al aire libre del Partizan, y a media mañana, cuando ya daba mucho el sol, me pasaba a la del Estrella Roja, donde había en ese momento algo de sombra”. Obradovic ofrece su perspectiva sin que nadie le comente nada al respecto: “Danilovic trabajaba como un loco. Lo consiguió todo a base de esfuerzo. En Cacak solíamos decir de los jugadores que tiraban muy mal que tenían ‘mano de piedra’. Y Predrag no es que la tuviese de piedra, no. ¡Peor! Pero metía mil tiros al día. Yo cuando lo cuento y digo mil tiros, la gente me dice ‘joder, ¡qué dices!’”, pero... ¡fue así! No mil tiros tirados; mil tiros metidos. Lo vi con mis propios ojos”. Zan Tabak rememora su experiencia con aquel Danilovic primerizo: “En el Europeo Júnior de 1988, Vujosevic puso a Danilovic de base para que pudiese jugar minutos, ya que la estrella era Komazec. Para mí, en aquel momento, Zivko Badzim también era mejor. Pero Danilovic tenía una cosa que después le llevó a lo más alto: ganas de trabajar”. De nuevo es Predrag el que habla: “En Yugoslavia éramos muy talentosos, pero se trabajaba muchísimo. Todos los grandes jugadores que yo conozco lo hacían, excepto uno, que era Divac, que trabajaba bastante pero no tanto como nosotros. Del resto, todos, sin excepción, habían trabajado muchísimo. Kukoc, Radja, Komazec... Y Drazen Petrovic, claro, se entrenaba también muchísimo”.

Ahora es Maljkovic, desde la capital serbia, el que hace alusión al genio croata, corroborando la versión de Predrag: “Una cosa muy importante de nuestro baloncesto es que los mejores tiradores eran nuestros. Los jugadores yugoslavos pensaban como los *cowboys* estadounidenses. Eran pistoleros. Pero tenían un rifle y lo mantenían tirando, tirando, tirando. Muchos jugadores empezaron a intentar meter 300 tiros diarios. Drazen Petrovic, muchos más. Drazen no tiraba nada bien. Le conocía desde que él era pequeño, pues tengo una casa de vera-

no en Vodice, muy cerca de Sibenik. Y él tiraba fatal, pero fatal”. Anda, como Danilovic. Boza continúa su exposición: “Drazen penetraba, tenía manejo de balón, pero de tiro... Nada. Y poco a poco, pum, pum, pum, pum... Centenares de lanzamientos antes de ir a la escuela. Tenía las llaves del pabellón y siempre iba con un amigo. Neven Spahija le acompañaba muchas veces, pero en ocasiones eran otros”. Predrag Danilovic habla de la influencia de los técnicos en esa mentalidad y rigor: “Los entrenadores de la vieja escuela nos habían metido en la cabeza que el talento, sí, se tiene, pero que si no se trabajaba mucho, duraba poco, o se podía ser un jugador... pero uno mediocre”. Turno para Obradovic: “A mí es que eso del talento innato para referirse a los jugadores yugoslavos me parece una excusa. ¿Qué es el talento si uno no lo trabaja? Mira, en el 88, antes de los JJ.OO. de Seúl, hicimos muchas pruebas físicas: carreras de 50 y de 100 metros, de triple salto, de salto vertical, ejercicios con balón... Se nos apuntaron las marcas por escrito. En el 90, uno veía a Toni Kukoc y no es que hubiese mejorado, es que había hecho así...”. El técnico exclama “¡fiiiiuuuu!” y alza la mano hacia arriba. “Cuando uno hace el típico ejercicio del ‘suicidio’ y después realiza unos tiros, si una vez necesita 80 lanzamientos para meter 40 y al cabo de un tiempo sólo necesita, por ejemplo, 52... ¿Eso es talento? No, es que ha mejorado su capacidad física y su lanzamiento, las dos cosas”.

El técnico de Cacak finaliza su exposición con la siguiente reflexión: “Que un jugador tenga talento significa que puede aprender fácil. Se aprende por los ojos, ves que alguien hace un movimiento y crees que tú también lo puedes realizar. Si eres capaz de hacerlo como él, es que tienes talento. Pero tienes que mejorar, automatismo, automatismo. Cada día repetir cosas, repetir cosas, para ir progresando”.

La ecuación talento innato-trabajo parece que ha quedado clara. La conjugación de ambos factores propiciaba que, encaminados a poder protagonizar el juego libre que defendían sus preparadores, la mayoría de los jugadores balcánicos fuesen buenos dominadores de balón, pasasen con suficiencia con ambas manos y tirasen con notable acierto. Estos dos últimos preceptos eran los más importantes y diferenciales de su repertorio. La clave de la “libertad organizada” residía en encontrar a través del pase al hombre libre para lanzar a canasta, y resultaba fundamental para ello ser capaz de pasar con fluidez y poseer una considerable velocidad de lanzamiento. Si hallar buenos dominadores de la pelota no era infrecuente en cualquier selección – ya que todo estilo requiere del bote y este se adquiere, al margen de en los entrenamientos, por la mera práctica–, el pase y el tiro eran sello distintivo de la escuela balcánica. El jugador yugoslavo siempre tuvo la imagen de excelso tirador, con los Delibasic, Kicanovic, Dalipagic o el propio Petrovic de estandartes, si bien no menos característica fue su habilidad pasadora. Al imaginario colectivo ha trascendido el aspecto más estético y definitorio, pues el lanzamiento es la síntesis y cumbre de este deporte, pero en el proceso previo se halla una de las peculiaridades del juego por conceptos yugoslavo: el pase.

## Y TÁCTICAS:

### *El juego libre: clichés y acondicionamiento del jugador*

*Me gusta el término "inteligencia de baloncesto". Si la inteligencia es, por definición, la capacidad para adaptarse a la nueva situación, en Yugoslavia tuvimos una mayoría de jugadores inteligentes (...) La repetición hace que el jugador adquiera automatismos y reconozca la situación sobre el terreno, la capacidad de reaccionar y encontrar la manera de resolverlo (...) Pero este "juego libre" conlleva una responsabilidad. Cuando hablamos de improvisación organizada, es como tocar jazz. En el mundo del jazz, primero hay que ser un músico excelente, dominar los fundamentos, desarrollar todas las habilidades, y sólo entonces llega la improvisación y el jazz. Existen visiones extremas y creo que, como todo en esta vida, nada es blanco o negro, existe el punto medio.*

*La organización total de los movimientos no es positiva, pues con el tiempo se obtienen jugadores robotizados. El otro extremo, la improvisación total, sin reglas establecidas ni distribución de las tareas, hace que el juego sea irresponsable.*

(IGOR KOKOSKOV, entrenador serbio asistente de los Phoenix Suns, en el libro *Kosarkaska Inteligencija Jugoslovena*)

Pocas nomenclaturas resultan tan engañosas semánticamente como la del "juego libre" asociada a los equipos yugoslavos. Interpretada comúnmente como una libertad total de los instintos naturales del jugador, lo cierto es que poco tiene que ver esa percepción con la realidad. Existen una serie de premisas que hay que respetar de manera invariable. Leyes no escritas que condicionan todo movimiento y decisión de los protagonistas y que, paradójicamente, niegan ese concepto de libre albedrío: respetar siempre el espacio entre compañeros o con el balón, el movimiento continuo después de realizar un pase, la obligatoriedad de que en cada acción al jugador se le ofrezca la posibilidad de driblar, ejecutar un lanzamiento o asociarse, tomar siempre una decisión en función de la reacción del defensor... Contrariamente a lo que pudiese aparentar, esta forma de jugar conlleva una enorme carga de trabajo en los entrenamientos para poder desarrollarla, siendo virtualmente imprescindible una educación en esa filosofía de juego desde edades bien tempranas. Se trata de una falsa espontaneidad, pues posiblemente es el estilo que más tiempo de práctica demanda. La no adecuación a esos preceptos se vería traducida en la pista, ya que trabajar sin sistemas mostraba las limitaciones de cada jugador, lejos de esconderlas bajo movimientos ensayados previamente.

El juego libre marcó el perfil del baloncestista balcánico en una virtud menos específica, pero capital para su plena plasmación: la lectura del juego. Si Nikolic siempre hizo hincapié en la necesidad de actuar en consonancia con la reacción del defensor, la obsesión de los formadores fue trabajar la toma de decisiones individuales, huyendo de los sistemas cerrados por los que abogaban

otros baloncestos. El resto de Europa lo llamó improvisación, pero no hay nada más elaborado que ser capaz de tomar la decisión correcta. Esta capacidad, que maravillaba a entrenadores y periodistas de otros países –intentando hallar la explicación en la intuición natural–, fue uno de los aspectos más reincidentes de la metodología de entrenamientos. En las antípodas de la espontaneidad instintiva que parece inferirse, era el resultado de muchos años trabajando y potenciando esa característica. Si un jugador no estaba educado en ese estilo de juego, la improvisación devenía en caos de manera inmediata, y si había un aspecto reflexionado y racionalizado en la instrucción de los jóvenes, era éste. Consecuentemente, el juego sin balón era cualidad primordial. El estilo se basaba en poder ofrecer una ayuda siempre al compañero, y esta se conseguía a través del movimiento y los cortes cuando no se poseía la pelota. De este modo, los jugadores yugoslavos fueron unos adelantados a su tiempo en la táctica individual, concepto que tardó años en instaurarse en el resto de Europa. Las bonanzas de ese juego libre se veían anuladas si cada uno de los miembros del equipo no poseía una gran capacidad individual de lectura de juego, y esa fue una de las principales obsesiones de los formadores balcánicos. "Para poder hacer un juego libre era absolutamente necesario saber leer lo que hacía la defensa. ¿Qué diferencia hay entre la técnica individual y la táctica individual? La técnica individual, más una persona que te defiende, ya no es técnica, sino que pasa a ser táctica individual. En mi etapa con Nikolic en la Jugoplastika, con el enorme talento que tenían los jugadores, nos había llegado a suceder que yo viese un detalle concreto y llamase a Sretenovic y Kukoc para comentárselo. Ellos venían corriendo y me decían: 'Sabemos lo que nos va a decir'. Yo les preguntaba: '¿Qué?', y ellos decirme: 'Tal'. Pues nada, venga, a jugar. Los jugadores aprendían a pensar sobre el juego, sobre el baloncesto", explica Boza Maljkovic, mientras toma un café en una céntrica terraza de Belgrado. Lejos de allí, en Split, su ex pupilo Dino Radja, que no sabe de las palabras de su antiguo entrenador, parece corroborar esa opinión al hablar de la formación que recibían los talentos yugoslavos: "Actualmente, tú le dices a un jugador joven que te explique la diferencia entre una zona 2-3 y una 3-2, y no saben nada. En aquella época, los jugadores sí sabíamos las diferencias, las entendíamos. ¿Por qué se utiliza una y no la otra? ¿Por qué hay dos bases arriba o dos jugadores grandes atrás? Hoy en día, le preguntas a los jugadores, y no sólo a los jóvenes, y muchos no te pueden contestar. Nosotros nos formábamos de tal manera que entendíamos el juego. Dónde situarnos, cómo reaccionar ante los cambios defensivos, pensar por nosotros mismos...", afirma Radja.

La otra gran singularidad de la Escuela Yugoslava residía en el intento de realizar un juego físico. Como declaraba Aza Nikolic a la revista *Giganti* en 1976: "¿La Escuela Yugoslava? Sus particularidades más visibles son que se juega mucho en velocidad y que se busca constantemente aprovechar la fuerza física. Los jugadores yugoslavos tienen tendencia a buscar, más que evitar, el contacto físico". Uno de los aspectos que quedaron permanentemente grabados en la reti-

na de *il Professore* en su periplo estadounidense fue la abismal diferencia de contacto físico entre el baloncesto norteamericano y el europeo. Asumiendo su importancia, los entrenadores fomentaron la preparación física y el fortalecimiento atlético a través de las pesas e introdujeron numerosos ejercicios para acostumbrar a sus hombres al choque y el contacto. La presencia e insólita relevancia de diversos *doctores* del *kosarka*, como Slavko Trninic o Milivoje Karaljevic, que desarrollaron metodologías absolutamente novedosas en el acondicionamiento deportivo de los jugadores yugoslavos, son paradigmáticos de un objetivo que el paso del tiempo erigió en prioritario.

Pero el hecho de que la escuela técnica yugoslava engendrara a los jugadores más completos a nivel atacante de toda Europa (“hombres que firman 30 puntos por partido parecen surgir como setas al otro lado del Adriático”, escribía Sandro Gamba en *Giganti del Basket* en 1979) no significa que no tuviesen carencias. Precisamente en la potenciación de su gran virtud radicaba su defecto más visible. La tendencia ofensiva, inculcada a través de entrenamientos en los que se trabajaban sin cesar los fundamentos, derivó en que muchos de los nombres más destacados del *jugoslovenska kosarka* no fuesen buenos defensores individualmente. “La Escuela Yugoslava era el tiro, el manejo de balón. Después se ha dicho que nosotros entendimos que para ganar hay también que defender. Pero, en aquellos años, o incluso hoy en día, ¿quién entra en un pabellón y se pone en posición defensiva? Eso no es natural. Uno coge el balón y quiere tirar, quiere penetrar, hacer cosas en ataque. Eso es instintivo: un jugador quiere aprender a jugar ofensivamente. El trabajo de los entrenadores es mentalizar también en la faceta defensiva”, comenta Zeljko Obradovic. Tradicionalmente, los equipos yugoslavos cimentaron el juego sobre su capacidad anotadora y, durante muchos años, el perfil medio que creó la cantera balcánica se adecuaba milimétricamente a esa querencia. Hombres de multitud de recursos para atacar el aro pero con poca predisposición para defenderlo. La misma unanimidad que existe para valorar sus cualidades ofensivas se ve reflejada para señalar sus deficiencias en la retaguardia.

Esta fue una de las principales obsesiones de Nikolic, que después de su paso por EE.UU. e Italia asumió la necesidad de invertir esa tendencia. No era tarea sencilla. Si bien en la Jugoplastika o el Partizan focalizó todos sus esfuerzos en esa faceta, introducir conceptos colectivos es diferente a nivel individual, donde la etapa de formación es la más fructífera. La finalidad del Profesor fue que los equipos se mostrasen sólidos defensivamente, pero dicho axioma no se evidenció en la metodología de trabajo con los nuevos talentos de categorías inferiores hasta que esa mentalidad se instauró en el global del baloncesto yugoslavo. El desmembramiento de Yugoslavia impidió descubrir si la nueva orientación había calado definitivamente y la fabricación de jugadores en los años setenta y ochenta siguió caracterizada por el mismo patrón que históricamente había predominado. Los Dalipagic, Delibasic, Petrovic, Kukoc, Djordjevic o Paspalj no ofrecían las mismas prestaciones en un lado de la cancha que en el

otro. La tremenda calidad de muchos de estos jugadores compensó en numerosas ocasiones la situación, pero lo cierto es que en otros baloncestos sus hombres más destacados mostraban un mayor equilibrio entre ambas facetas.

El propio Nikolic abrió la veda del cambio cuando dirigió a la *Reprezentacija* en los años setenta. Si la creación de figuras ofensivas era la de mayor opulencia de toda Europa, Aza comprendió que el progreso pasaba por endurecer defensivamente a los equipos y, de esta manera, en sus convocatorias para la selección concedió importancia a la presencia de especialistas defensivos, todavía muy minoritarios en el panorama yugoslavo. Consecuentemente, hombres como Josko Papic o Duje Krstulovic cubrían las espaldas a los jugadores estelares, en lugar de los Varajic, Misovic o Skroce, grandes anotadores pero de características similares a los titulares Kicanovic o Delibasic. En los años ochenta, el papel de este perfil de jugador dio un paso adelante, introduciendo Cosic, y especialmente Ivkovic, a componentes sólidos defensivamente en sus quintetos básicos: los Radovic, Obradovic, Danilovic o Zdovc pasaron por delante de Djordjevic, Komazec o Radulovic.

Aunque en la década de los ochenta y a principios de los noventa surgió un mayor número de jugadores con notable capacidad ofensiva y buenas prestaciones defensivas, los nombres más emblemáticos del baloncesto yugoslavo siguieron adecuándose al patrón clásico. Si bien parece evidente el intento de revertir esa situación —y el que una paulatina transformación se estaba produciendo—, un cambio de tendencia de esa magnitud requería un proceso implantado desde la base y años de trabajo en esa dirección. Muchos de los protagonistas de la última *Reprezentacija* —yendo más allá, del global del *kosarka*— habían sido formados previamente a los albores de esta corriente, por lo que sus efectos ya no se verían reflejados en la Yugoslavia de las seis repúblicas que dominó el panorama continental en los años finales de su existencia. Donde se haría manifiesta la mutación sería en Serbia.

#### *La vía de formación alternativa: Estados Unidos y la NCAA*

En la década de los ochenta se inició un movimiento migratorio de baloncestistas europeos hacia los Estados Unidos para completar su formación deportiva y académica en universidades de primer nivel. La NCAA se convirtió, de este modo, en una competición que abrió sus puertas a numerosos jugadores del Viejo Continente, especialmente procedentes de Alemania, Holanda, Hungría o Suecia. La irrupción del profesionalismo en Europa —y la consecuente dificultad que suponía compaginar estudios universitarios con las exigencias de un deportista de alta competición—, junto a la inevitable ilusión por progresar lo suficiente como para llamar la atención de los equipos NBA, desembocaron en un éxodo de jóvenes talentos que decidieron hacer las Américas: los Detlef Schrempf, Uwe Blab, Hansi Gnad, Rick Smits, Peter Krasovec, Sten Feldreich o Panagiotis Fas-

soulas se convirtieron en la avanzadilla europea de una tendencia masificada en décadas posteriores. La mayoría de estos hombres pertenecían a países en los que el baloncesto no estaba entre los deportes más practicados, quedando las principales potencias europeas –la URSS, Italia o España– al margen del movimiento, cada una por sus propios motivos particulares.

Yugoslavia fue el único país entre los dominadores del concierto europeo que se vio afectado por esta tendencia. Paradójicamente, el menor acceso a la información en la época hizo que ese hecho apenas tuviese publicidad, de tal manera que pudiera sorprender tal aseveración. Pero lo cierto es que, de la totalidad de jugadores que desembarcaron en la NCAA, el *kosarka* balcánico fue el que aportó la mayor cantidad.

El flujo entre ambos baloncestos no se puede interpretar como una estrategia premeditada y colectiva, ya que la decisión de realizar el cambio vino marcada por las circunstancias personales de sus protagonistas, en su mayor parte derivadas de intereses académicos. No obstante, el número total y la representatividad de algunos de los nombres implicados son lo suficientemente importantes como para inferir que esta situación ejerció un notable peso específico en el panorama baloncestístico de la Yugoslavia de los años ochenta. La trascendencia se verá reflejada –aunque indirectamente– en la *Reprezentacija*. Mejor dicho: el escaso éxito en el desarrollo de estos talentos impedirá que se vea plasmado en la selección absoluta.

Kresimir Cosic, el mítico pívot de la primera generación dorada, se convirtió en pionero. Su paso por la Universidad mormona de Brigham Young (BYU) a inicios de los setenta fue un éxito absoluto, llegando a ser nombrado *All-American*, galardón que premia a los mejores jugadores de la competición. Poco después, Misho Ostarcevic y Mihovil Nakic (el segundo, tan sólo durante una temporada) también pasarían por las aulas de BYU. Davor Rukavina, un joven alero internacional del Lokomotiva de Zagreb, haría lo propio en Augustana.

Con el cambio de década, otros nombres se fueron añadiendo a la lista inicial: Zoran Radovic, Zarko Djuric y Sasa Radunovic (Wichita State), Nebojsa Bukumirovic y Zoran Jovanovic (Louisiana State), Radenko Dobras (South Florida), Miroslav Pecarski (Marist College), Luka Pavicevic (Utah), Teoman Alibegovic (Oregon State), Milos Babic (Tennessee Tech), Davor Marcellic (Southern Utah), Bojan Popovic y Obrad Ignjatovic (South Carolina)... En total, hasta una veintena de jugadores balcánicos pasarían por la NCAA durante los años ochenta. Y algunos otros como Drazen Petrovic, Toni Kukoc, Aleksandar Djordjevic o Dino Radja estuvieron cerca de hacerlo. La relevancia de este dato es mucho mayor si se tiene en cuenta que varios de ellos eran considerados los mejores talentos de su generación, alcanzando casi todos la internacionalidad en categorías juvenil y júnior.

La afirmación no es gratuita. En el Europeo Juvenil de 1981, tan sólo Petrovic anotó más puntos que Radunovic para el combinado *plavi*. Bukumirovic fue el base titular de la *Reprezentacija* y segundo máximo anotador yugoslavo

(tras Cvjeticanin) en el Mundial Júnior de 1983 en Palma de Mallorca. Zoran Jovanovic estaba considerado el mejor pívot europeo de su generación y, antes de sus diferentes lesiones de rodilla (y del grave accidente de coche que sufrió en Estados Unidos), levantaba expectativas de llegar al máximo nivel. Luka Pavicevic fue uno de los mayores talentos anotadores de la historia de Yugoslavia en edad juvenil, llegando a sobrepasar los 60 puntos en varios partidos de categoría júnior sin tener edad para serlo. Tanto él como Pecarski –miembros de la mítica generación de Bormio– ya habían sido internacionales en el Europeo Júnior de 1984, compitiendo con jugadores dos o tres años mayores que ellos y pasando por delante de los Djordjevic, Kukoc, Radja o Divac a ojos de la Federación. Coetáneo a todos ellos era Radenko Dobras, uno de los proyectos de mayor potencial de aquella selección y uno de sus principales anotadores en las tres medallas de oro que conquistaron. En líneas generales, un amplio porcentaje de los hombres que siguieron este camino estaban entre los mejores de su generación, y todas las selecciones juveniles y júnior de la década tenían entre sus integrantes a varios futuros protagonistas de la diáspora europea en la NCAA.

Pero los resultados no fueron los esperados. Extraer una explicación común es extremadamente complejo. Algunos no jugaron demasiados minutos, otros no se adaptaron al cambio de estilo de juego. En muchas ocasiones, sus entrenadores en la universidad no conocían sus características, en una época en que el baloncesto europeo era aún desconocido para ellos. Los que conseguían hacerse un hueco realizaban roles mucho más específicos que el que desempeñaban en Yugoslavia, y los pocos que consiguieron ser referentes en sus equipos tampoco progresaron en consonancia a las expectativas levantadas en el baloncesto balcánico. Sea por un motivo u otro, la experiencia resultó, a ojos de los principales rectores de los hilos del *kosarka*, negativa: “Los jóvenes que se fueron a Estados Unidos nunca aprovecharon su paso por la NCAA. Davor Rukavina, por ejemplo, era un gran talento que ya estaba en la selección absoluta. Se marchó cuatro años, volvió... y se perdió”, comenta Ranko Zeravica. “Nosotros, desde la Federación, les seguíamos, pero la verdad es que no sé los motivos por los que no salió bien en casi ningún caso. Depende de la universidad, del entrenador... Quizá no supimos elegir bien. Con Cosic sí lo hicimos, pero con otros no. No entramos demasiado a fondo en el tema. Debimos ir allí, apoyarles...”, continúa Ranko, gran conocedor del baloncesto universitario, no en vano viajó durante años y años a disputar partidos contra *colleges* en las Giras de Escuela.

La visión de Zeravica es compartida por muchos, que profundizan en los aspectos que les llamaron la atención en la evolución de los emigrantes: “Nuestros entrenadores pensaban que la mayoría de estos jugadores, al marcharse, perdían muchas cosas tanto en el plano técnico como en el plano táctico”, explica Vladimir Stankovic. “Yo recuerdo que muchos de los jugadores que se fueron tenían un excelente físico en la faceta de la velocidad. Volvieron con mucho más músculo, pero bastante más lentos. Jovanovic es un buen ejemplo de ello”, afirma Ivanovic. “El Zoran Jovanovic de antes de irse a LSU era un jugador de un

potencial descomunal. Cuando le volví a ver, a su vuelta, se había fortalecido mucho, pero me daba la sensación de haber perdido tacto”, comenta, por su parte, Sreten Pantelic. A lo que añade: “Aunque, en su caso, también influyeron muchísimo sus lesiones de rodilla y aquel accidente de tráfico. Entre los ligamentos y el accidente hubo varias temporadas que apenas jugó. Nunca volvió a ser el mismo”. Luka Pavicevic, compañero de Jovanovic en el Europeo Júnior de 1984, corrobora esa opinión: “Jovanovic era un enorme proyecto, pero sus dos lesiones en las rodillas le impidieron llegar ser uno de los mejores pivots de Europa”.

Más allá de las circunstancias concretas de cada jugador, la excelsa rentabilidad de la cantera balcánica en esa década de los ochenta sirvió para incrementar la sensación interna de que lo mejor para los jóvenes proyectos era desarrollarse bajo el seguimiento y las consignas auspiciadas por el sistema integral yugoslavo. En dicho entorno, multitud de estrellas en ciernes de categorías inferiores eclosionaron al máximo nivel, con una producción masiva de jugadores descollantes. Esta situación contrasta con lo sucedido en la mayoría de los casos que decidieron completar su formación en la liga universitaria estadounidense. “En general, la mayoría de los que salieron, cuando volvieron no acabaron de explotar. Y eso que estaban entre los mejores jugadores jóvenes de Yugoslavia, de los de más talento. Yo creo que fue producto de la manera diferente de trabajar y entender el baloncesto. En Yugoslavia se trabajaba mucho la técnica individual y los fundamentos básicos, mientras que en Estados Unidos es diferente, incidiendo más en el físico y menos en la técnica individual”, comenta Dusko Ivanovic.

Pocos nombres tienen tanta autoridad para hablar de esta diferencia de sistemas como Luka Pavicevic, tras su experiencia como jugador en la NCAA y con la perspectiva que otorga ser actualmente entrenador. Luka, uno de los bases europeos más prometedores de su época (fue MVP del torneo de Mannheim'85 con la generación de oro júnior yugoslava) y que ingresó en las filas de la Universidad de Utah, opina al respecto: “Hay grandes diferencias en el sistema. El americano no te deja jugar durante todo el año, cuando acaba la temporada (de abril a octubre) ni se entrena ni se juega. Por iniciativa individual, sí. Pero no con entrenador. Son cinco o seis meses menos de entrenamientos respecto a Yugoslavia. Esa diferencia incide en el desarrollo, lógicamente”.

Ello no significa que Pavicevic no valore positivamente la metodología de formación estadounidense: “Yo trabajé bien en Utah. No era un mal sistema. En Yugoslavia disponía de todo el día, podías realizar dos o tres entrenamientos por jornada, lo que permitía hacer la parte física por la mañana y la técnica por la tarde. En EE.UU. estás estudiando, y has de entrenar en el horario en el que te marcan. En un solo entrenamiento se condensa todo, con lo que podíamos llegar a hacer sesiones de cuatro horas o cuatro horas y media”.

Siendo los dos viveros más importantes de jugadores en esa época, la comparación de la idoneidad de ambos es inevitable. “Bueno, la estadounidense es una manera de hacer diferente, entrenamientos serios pero diferente enfoque.

En Yugoslavia se trabajaban mejor los fundamentos, pues en Estados Unidos la NCAA es desde los 18 años hasta los 22, y hay cosas que ya deberían haberse trabajado antes. En este sentido, Europa está mejor organizada, con entrenamientos no tan largos pero en más cantidad y calidad. En EE.UU., los jóvenes juegan por pasárselo bien y, como hay tanta gente, los grandes jugadores acaban saliendo. El que es bueno, es bueno, pero no trabaja agresivamente para ello. En Europa, los que deciden jugar, se dedican al baloncesto y entrenan más”. Con todo, Luka no cree que haya un único sistema para formar jugadores: “En Yugoslavia se adoptó una buena manera de trabajar a los jugadores jóvenes. En EE.UU., si vas a un buen *college*, también tienen un buen sistema de trabajo”.

La confrontación entre los modelos de formación del baloncesto FIBA y el estadounidense ha sido motivo de intenso debate en los inicios del siglo XXI, en el que los resultados en las competiciones internacionales han servido de acicate a las numerosas voces que proclaman una inversión de la jerarquía en esta faceta. No pocos tampoco son los que opinan que dicha situación no es por una cuestión de metodología de formación, sino por la mejora física y profesionalización del baloncesto europeo unida a la influencia positiva propiciada por la interacción entre ambas realidades, especialmente con la mejora de las principales estrellas europeas en su paso por la NBA. La dialéctica es compleja, y de posiciones encontradas a ambos lados del océano. Pero en el caso de la migración yugoslava a la NCAA ochentera, el aspecto deportivo no era la motivación principal. “Yo por entonces no miraba el basket como una manera de ganarme la vida. Tenía la necesidad de acabar la carrera, que sería lo que me iba a dar de comer, ya que en Yugoslavia un jugador profesional tenía para vivir, pero no para hacer dinero. Mis razones estaban directamente relacionadas con la educación y mirando por un futuro después del baloncesto”, rememora Pavicevic.

Motivos que se podían extrapolar a la totalidad de estos jugadores. “Conozco a Milos Babic desde hace muchos años, ya que somos del mismo pueblo. En su caso, la decisión fue familiar, ya que su padre quería que terminase la carrera”, comenta Sreten Pantelic sobre un hombre que llegó a formar parte, en el torneo de Mannheim o en el preeuropeo de Kraljevo clasificatorio para Gmunden'86, de la mítica selección júnior que pasó a la posteridad al ganar el Mundial de Bormio. De nuevo Luka Pavicevic, uno de los protagonistas de aquella gesta, toma la palabra: “Pecarski y yo fuimos juntos a Estados Unidos. Djuricic ayudó a Radunovic a conseguir una beca en Wichita State, ya que ambos son montenegrinos (jugadores del Buducnost) y el primero había jugado en esa Universidad. Kukoc y Radja también iban a ir allí, y Dino decidió a última hora, casi en el avión, que no iría. Todos nos íbamos básicamente por la posibilidad de jugar a baloncesto y acabar la carrera. Si continuábamos en Yugoslavia, lograrlo era muy difícil”. El ejemplo del avión de Radja no es el único, aunque sí más conocido que otros: “Estuve muy cerca de irme a la Universidad de Kansas, con Larry Brown. Un día vino Mirza (Delibasic) con los billetes de avión y me dijo: ‘Bueno, Samir, aquí están tus billetes para la sema-

na que viene. Si quieres, puedes ir a Estados Unidos'. Me fui a casa y se lo expliqué a mi padre y a mi madre. Mi madre me dijo: 'Mira, hijo, si te vas la semana que viene, me muero'. Claro, irme a EE.UU. nos cambiaba la vida. Fui al club y hablé con Mirza. Le di las gracias y le expliqué que mis padres no querían, que mi madre se había puesto muy triste. Y continué en el Bosna", explica Samir Avdic. Otro miembro de la generación de Bormio también estuvo a punto de dar el paso: "Tuve una oferta de la Universidad de Illinois State. Tenía las maletas ya preparadas y el billete de avión reservado. El día antes de partir decidí no ir, y estuve al teléfono todo el día con el entrenador, que me animaba a ir allí. Pero al final elegí quedarme", recuerda Sasha Djordjevic, muchos años después de tomar una decisión que se antoja decisiva para el devenir de su carrera deportiva.

Uno de los principales problemas que se encontraron el grupo de jóvenes que sí consumaron el viaje fue el hecho de adaptarse a un nuevo rol. Acostumbrados a ser principales referencias de sus equipos, especialmente seguidos por técnicos y seleccionadores, el cambio a un baloncesto tan desconocido para ellos como lo eran las características de su juego para sus nuevos entrenadores supuso una de las principales trabas en su evolución: "Yo estuve dos años, y decidí volver porque no jugaba. Era suplente, y para mí era difícil de asimilar, después de ser un *top prospect* en Europa. Quizá me fui muy pronto, ya que empecé el instituto un año antes y esto hizo que acabase también antes. Tenía 17 años, cuando un *freshman* suele tener 18-19. Lynn Archibald, el entrenador, me vino a ver a mi casa, tenía ofertas de muchas universidades, unas quince, y yo pensaba que estaba preparado. Aunque él no opinaba lo mismo", explica Pavicevic.

Pero la situación en el equipo del por aquellos entonces base internacional junior fue muy diferente a la que imaginó al coger las maletas e iniciar su aventura: "Había dos bases sénior, y jugué muy poco. Lo que a mí me molestó fue no jugar, así que me estancé esos dos años. Traer un jugador *top prospect*, cruzar el charco y no hacerlo jugar... Al menos me tenía que haber dado un año de confianza y luego decidir si me había adaptado o no. Era el inicio de los europeos en EE.UU., yo era muy joven y quizá no estaba preparado físicamente. Años después, el mismo Lynn Archibald, con el que he seguido en contacto, en una de tantas llamadas que nos hacemos me reconoció que se equivocó. Aunque yo lo entiendo. Era también difícil para los entrenadores. Él utilizó a los jugadores que creyó más conveniente".

Técnicamente, la especialización que conllevó la diferencia de estatus en sus nuevos equipos respecto al que ejercían en Yugoslavia y el hecho de participar muy pocos minutos en una etapa básica para su desarrollo también incidió en una cierta transformación de estos jugadores. Jovanovic jugaba muy poco en LSU y lo hacía de pivot especializado en defensa. Bukumirovic prácticamente no pisaba la cancha. Dobras se hizo un hueco en una universidad de segundo nivel, lejos del rigor competitivo de la *Prva Liga*. Un baloncesto acostumbrado a dar minutos y responsabilidades a sus jóvenes proyectos se encontró con que los

que realizaron el trayecto a EE.UU. no gozaban de esas oportunidades, lo que incidió en muchos aspectos de su juego: "Cuando era juvenil en el Buducnost anotaba con frecuencia más de 50 puntos en el Campeonato Nacional Júnior. Tenía la habilidad de anotar. Quizá cometí un error yendo a EE.UU., perdí mi agresividad, aunque desarrollé mi juego en otros sentidos, especialmente en el de la dirección. Si bien tuve un par de temporadas de sénior de más de 20 puntos por partido, en líneas generales dejé de ser un anotador y enfoqué mi juego a dirigir. Era un base que podía anotar, pero ya no era el base anotador de antes... aunque me gustaba mi nueva situación", comenta Pavicevic. Dusko Ivanovic ofrece su versión: "Luka trabajaba muchísimo la técnica individual. En su etapa en el Buducnost se quedaba solo a practicarla una vez había acabado la sesión de entrenamiento. Cuando volvió de Estados Unidos se le veía más fuerte, pero ahí creo que perdió un poquito la rapidez y la lucidez en el juego que tenía. Después, ya en Split, donde volvimos a coincidir, se recuperó y jugó a un buen nivel".

Teniendo en cuenta que las motivaciones para ir a Estados Unidos no eran únicamente deportivas, no sorprende la valoración del ex jugador de la Jugoplastika: "No me arrepiento de nada. Obtuve una buena educación, conocí un nuevo idioma, un nuevo sistema de vida. En este punto de mi vida, después de llevar entrenando cinco años, me doy cuenta de que fue positivo y me ha servido de ayuda".

Si bien las razones de todos ellos fueron más allá de las meramente deportivas, parece lógico que, desde el punto de vista de la *Reprezentacija*, el modelo norteamericano no fuese el ideal para su evolución. Entre el grupo de hombres que adoptaron la determinación de emigrar había varios que el baloncesto yugoslavo esperaba que llegasen a ser emblemáticos en la selección; y el único de ellos que realmente se consolidó en ese papel, Kresimir Cosic, ya tenía 23 años cuando cruzó el charco, con numerosos campeonatos disputados con el combinado nacional. Su formación ya había sido completada. De la veintena de jóvenes que dieron el salto en los años ochenta, tan sólo Radovic y Jovanovic llegaron a ser internacionales absolutos en algún gran evento. El primero se hizo un hueco en la rotación del equipo como base defensivo, pero el segundo tan sólo disputó un torneo (el Mundial de Argentina'90), siendo un hombre secundario que no disponía de minutos. Del resto, no vestiría la camiseta *plavi* ninguno, salvo en partidos amistosos o clasificatorios.

A nivel individual, analizar el fenómeno más allá de la perspectiva de la selección nacional sirve para constatar la dificultad de estos hombres para abrirse un camino en universidades de primera fila. Los minutos y confianza fueron coto prohibido en una época en que ni ser los mejores proyectos europeos garantizaba facilidad alguna al otro lado del océano. Los que eligieron programas potentes no pasaron de ser jugadores de rotación. Tan sólo Dobras (South Florida), Alibegovic (Oregon State), Pecarski (Marist College) y Marcelic (Southern Utah) asumieron un rol principal en sus equipos, pero lo hicieron en pequeñas

universidades que no aspiraban al título nacional; lejos de la competitividad que habrían experimentado en el Bosna, el Partizan y el Zadar, sus clubes de procedencia, en una liga que vivía una etapa de esplendor.

Por unos u otros motivos, ninguno alcanzó la notoriedad de otros compañeros de generación, aquellos que protagonizaron las gestas de finales de década con la camiseta *plavi*. Y aunque casi todos desarrollaron sólidas carreras, la experiencia permitió a la *Inteligencija* extraer una conclusión clara: Estados Unidos era espejo y objetivo, pero no era la única vía.

#### EL AUTÉNTICO FACTOR DIFERENCIAL: MENTALIDAD

*—¿Usted cree, como se suele comentar, que los jugadores yugoslavos tenían un talento innato para el baloncesto?*

*—Todo se reduce a una palabra: ambición. Ganas de trabajar, ganas de superarse, ganas de ganar, ganas de pasar por encima de cualquier obstáculo... Lo que los hacía diferentes era esto: la ambición. Tenían más ambición que cualquier otra generación, que cualquier otro país. Sobre todo los serbios.*

(SERGIO SCARIOLO, Pabellón del Velódromo de Berlín, 2009)

Lieja, 1977. En la final del Campeonato de Europa de selecciones, Yugoslavia se impone a su antigua némesis, la URSS. Restando dos minutos, y con el partido sentenciado, Zoran Slavnic y Dragan Kicanovic se sitúan a menos de dos metros el uno del otro y se pasan el balón con los dedos de forma reiterada, a modo de pases de voleibol, en una de las acciones más célebres de la historia del baloncesto continental. El gesto de humillación a los soviéticos da la vuelta a Europa. Limoges, 1983. El partido decisivo para pasar a la siguiente fase entre Italia y Yugoslavia es dominado por la selección transalpina. A falta de pocos minutos para la conclusión, una acción en un rebote entre Drazen Petrovic y Gilardi deriva en una auténtica batalla campal. Moka Slavnic se sube a la mesa de la zona de prensa y empieza a lanzar patadas, Goran Grbovic coge unas tijeras del botiquín y las blande como arma. Zagreb, 1985. La Cibona de Zagreb elimina al Real Madrid y Drazen Petrovic alza los puños, dando saltos con y sin balón, enardeciendo al público y encolerizando a sus rivales. Múnich, 1989. La Jugoplastika de Split llega a la Final Four como el equipo más joven de esa edición y sin un solo pronóstico a favor ante dos potencias como el FC Barcelona y el Maccabi de Tel Aviv. Dos días después, vuelven a Yugoslavia con el título. Estambul, 1992. Tomás Jofresa anota una canasta que parece dar el título de la Copa de Europa al Joventut frente al Partizan. Levanta los brazos instintivamente para celebrarlo. Saque de fondo, Aleksandar Djordjevic cruza la pista con expresión de determinación, lanza un triple ante la mirada de los dos defensores que puntean el tiro... y de todo el banquillo rival. Lo anota.

Los factores físicos, las argumentaciones técnicas, las diatribas tácticas, el dilema respecto a los diferentes sistemas de formación... Cada una de estas explicaciones resulta de indudable importancia y, en su conjunto, definen la tipología de los baloncestistas yugoslavos. Pero hay un rasgo que condiciona el resultado de todo lo anterior y ejerce de elemento aglutinante. La mentalidad. La gran seña de identidad de toda una mirada de jugadores. El auténtico factor clave... y diferencial.

El extraordinario carácter competitivo y la ambición de sus jugadores se constituyó en una máxima unánimemente aceptada por el mundo del baloncesto. No hubo deportistas de otra nacionalidad en Europa que mostrasen ese talante y determinación, con una agresividad competitiva que rallaba lo enfermizo; hasta tal punto, que parecía que esa faceta no podía ser igualada por el equipo rival. Llegó a ser una imagen tan inherente a sus deportistas que se produjo un fenómeno asimilador, de tal manera que la naturalización de esta afirmación obvió encontrar los motivos de ese rasgo. Simplemente, se aceptó la superioridad yugoslava en el deseo de ganar y las palabras más reiteradas para definirles fueron "carácter" o "ambición". Pero ¿por qué Yugoslavia y no cualquier otro baloncesto? Difícil encontrar una explicación única. Existen diferentes argumentaciones para ello, algunas de ellas excluyentes entre sí. Y, probablemente, todas tienen su particular ascendiente en la realidad final.

#### *La influencia geográfica: los hombres de las montañas*

Uno de los motivos más extendidos para explicar esa fiereza competitiva radica en el origen geográfico. Conviene tener presente que la antigua Yugoslavia estaba atravesada por los Alpes Dináricos, cadena montañosa que recorre parte de casi todas las repúblicas que formaban el país. La influencia del medio en las características físicas y conductuales del ser humano ha sido motivo de numerosos estudios, y diversas ciencias sociales han profundizado en ello a lo largo de la historia.

Indudablemente, las condiciones ambientales y meteorológicas adversas redundan en una paulatina evolución, generación a generación, del perfil de los hombres y mujeres que se desenvuelven en dicho hábitat. Basta comparar las características de un asiático con un africano, de un ruso con un portugués, para inferir que numerosos aspectos biológicos se desarrollan por pura adaptación al medio. El clima, la naturaleza o el entorno marcan de manera visible la aparición de ciertos mecanismos que sirven para contrarrestar o amoldar al ser humano a su ecosistema concreto.

En el caso de los habitantes de las montañas, está razonablemente aceptada la idea de que la necesidad de combatir el frío, cazar animales salvajes o realizar grandes esfuerzos físicos ha derivado en un perfil de hombre muy fuerte físicamente, de gran energía y con un temperamento irreductible al desaliento ante

estas adversidades. En caso contrario, difícilmente hubiesen podido sobrevivir durante siglos. Tradicionalmente, el estudio de la historia también les ha otorgado una cierta belicosidad, ya que los grandes imperios siempre han encontrado sus límites en zonas montañosas que han desafiado los embistes de fuerzas superiores en número y medios. La dificultad que suponía para el invasor la complejidad de unas montañas desconocidas que favorecerían a sus habitantes, tanto para atacar por sorpresa —y no a la inversa— como para replegarse con facilidad, ha constituido uno de los grandes frenos a las ansias expansionistas de multitud de pueblos e imperios. Simultáneamente, estas condiciones ideales para no claudicar fácilmente ante los avances enemigos han incidido en una idiosincrasia rebelde y luchadora en sus pobladores, acostumbrados a ofrecer resistencia —e incluso a conseguir imponerse— ante cualquier eventualidad bélica.

En el caso concreto de la antigua Yugoslavia, el peso dejado por la influencia de las montañas, unido a la cuasi permanente convulsa situación política durante los últimos cinco siglos, trascendieron en una extendida percepción de su naturaleza guerrera. Europa Oriental ha sido protagonista de infinidad de conflictos y movimientos de fronteras a lo largo de su historia, con la presencia de dos grandes Imperios como fueron el austro-húngaro y el otomano. Tanto Serbia, especialmente, como Croacia o Eslovenia pasaron siglos luchando por sus reivindicaciones nacionales ante estas invasiones, y una cierta tradición épica pasó a formar parte de la conciencia colectiva. Desde la guerra contra los turcos en el siglo XIV hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando se formó definitivamente Yugoslavia, generaciones y generaciones de habitantes se vieron envueltos en muy diversas situaciones con muchos intereses políticos e imperialistas de por medio. Esta situación derivó en un carácter inconformista y luchador, además de en la proyección exterior de una imagen —como pueblo— de firmeza y combatividad.

Adentrarse en la influencia real del peso de la historia en la personalidad de los habitantes de la Yugoslavia del siglo XX —y, más aún, de sus deportistas— es terreno pantanoso. Resulta extremadamente complejo deducir si ese ascendiente biológico-ambiental verdaderamente ejerció un peso en su conformación conductual y en qué medida lo hizo. Cualquier aseveración de tipo determinista sería muy arriesgada. A pesar de ello, cabe señalar que ese ideal identificativo con el hombre de las montañas no es exclusivo de una visión externa. Dentro de sus propias fronteras, numerosos estudiosos han reflexionado sobre este tema. El caso más conocido, y controvertido, es el de Jovan Cvijic, uno de los etnólogos más reputados de toda Europa. La etnología —considerada por algunos autores como una disciplina y método de investigación de la antropología, proclamando otros su independencia de esta— es una ciencia social que estudia sistemáticamente y pretende comparar los diferentes pueblos y culturas del mundo desde diversas perspectivas, entre ellas la organización familiar, los sistemas sociales y políticos o los nexos de unión y oposición entre cultura y naturaleza. Una de sus prioridades es establecer lo que es universal en el hombre y lo

que es arbitrario, así como reflexionar sobre los vínculos entre leyes naturales y reglas culturales.

Cvijic, etnólogo, geólogo e historiador serbio que llegó a ser presidente de la Real Academia Serbia de las Ciencias y las Artes, así como rector de la Universidad de Belgrado, escribió diversas obras sobre la morfología de la Península Balcánica y en 1922 publicó su obra cumbre, con el título de *La Península Balcánica y los países de los eslavos del Sur: fundamentos de antropogeografía*. En ella, publicada originalmente en francés y posteriormente en serbo-croata, Cvijic analiza la influencia del clima y la geografía en la construcción de modelos morfológicos de los habitantes de Yugoslavia, haciendo especial énfasis en la influencia antropológica de la ocupación, la endogamia, la exogamia y la migración. Uno de los aspectos más controvertidos del texto fue su establecimiento de diversos tipos etnopsicológicos entre los yugoslavos, debido a la fuerte ascendencia del medio ambiente, y diferenciando claramente a los hombres de las montañas (el tipo dinárico) de los de las zonas llanas.

Haciendo un repaso a las influencias directas e indirectas, Cvijic estableció una clasificación de tres tipos distintos: por un lado, creía que el terreno, clima y paisaje incidían directamente en el físico y psicología humanas, aunque la magnitud del fenómeno fuese muy difícil de precisar, y discriminar esta influencia de multitud de otros factores no geográficos resultase también muy complejo. El segundo aspecto era el influjo indirecto de este medio ambiente, ya que los recursos naturales determinaban la forma de vida material: el tipo de vivienda, las formas de economía o los hábitos de alimentación. Estos, a su vez, afectaban a un buen número de fenómenos psicológicos, aunque de nuevo su influencia estaba relacionada con factores sociales de muy difícil distinción.

El tercer grupo de factores geográficos era el más relevante, en su opinión. Aquellos que influyen en los movimientos de los grupos humanos. Las características del terreno facilitaban u obstaculizaban los movimientos de las personas y los contactos entre civilizaciones, tendían a canalizar los avances y retrocesos de las conquistas de los imperios y, a largo plazo, daban forma a la civilización de sus zonas de influencia. Ésta era la razón por la que los perfiles etnopsicológicos culturales coincidían en gran medida con las zonas que, a su vez, tendían a seguir la geomorfología del terreno. Y como las montañas y los valles constituían las principales características de los Balcanes, las distinciones de Cvijic giraron en torno a los rasgos de los grupos asociados con los habitantes de las tierras altas y de las bajas. Los hombres de las montañas y los de los valles.

A pesar de que Cvijic fue criticado por lo que algunos creyeron ideas pan-serbistas utilizadas por cierto sector del nacionalismo serbio, esta teoría basada en una visión dual de la población de Yugoslavia trascendió a la opinión pública alcanzando el grado de creencia popular, incluyendo en este apartado a periodismo y literatura académica internacional. Aunque no fuese directamente desde sus textos, sino a partir de la difusión mediante conversación coloquial de sus premisas —muchas veces sin conocer el origen de estas—, la cuestión es que

muchos yugoslavos creían fundamentadas estas tipologías y ese sentimiento es algo que se transmitió de generación en generación. Sin ir más lejos, la lectura de la magnífica novela *Un puente sobre el Drina*, del Premio Nobel de Literatura Ivo Andric, presenta evidentes reminiscencias de esta creencia en perfiles de caracterología.

Esa oposición hombre de las montañas-hombre de los valles ha generado mucha polémica, debido al fuerte componente ideológico que de ella se puede extraer. Para Cvijic, la población serbia ha sido históricamente de tipo dinárico –aunque entre los serbios había también numerosos grupos de zonas bajas, así como en otras repúblicas como Croacia también existen numerosas comunidades dináricas– muy especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, en la que los serbios de las montañas fueron la principal fuerza de los partisanos de Tito, instaurándose en los aparatos de poder político y administrativo de Belgrado al derrocar a los nazis.

Con todo, la expansión a nivel popular de esta dualidad resultó notable, si bien la interpretación de estas ideas fue heterogénea. La diferencia radicó en la valoración que se realizaba de las cualidades de los hombres de las montañas. Para Cvijic y sus seguidores, estos se caracterizaban por su orgullo y heroísmo –personalizados en la resistencia a las diferentes ocupaciones, especialmente la otomana–, en contraste al mimetismo de los grupos que permanecieron en los valles principales, en las proximidades de los turcos. En su clasificación, la mentalidad del hombre de las montañas equivalía a la nobleza de carácter. Las visiones opuestas a la de Cvijic se materializan en la obra de Dinko Tomasic, sociólogo croata-americano, que emigró a Estados Unidos y fue profesor de Sociología en la Universidad de Indiana. En 1948 publicó *Personalidad y cultura política en Europa Oriental*. A pesar de generalizar a toda la Europa del Este, se centra en la región de Yugoslavia, y señala a la tipología dinárica como la clave de las convulsiones y conflictos bélicos que históricamente se habían producido en la zona. Tomasic asocia a los montañeses una inestabilidad emocional y un afán de imponer su personalidad, asignándoles una psicología plena de narcisismo e irracionalidad. Sostiene que la sociedad dinárica y la estructura familiar son la explicación de esa inestabilidad emocional, enunciando que “el niño dinárico nace y se cría en un ambiente de rivalidad y antagonismo”, lo cual crea “una fuerte necesidad de autoafirmación, con un exceso de jactancia e ilusiones de grandeza”. En su estudio asegura que los dináricos muestran una gran preocupación por su propia importancia y reputación, siendo excesivamente feroces. En contraposición, Tomasic sitúa la postura de los campesinos próximos a los ríos Drava y Sava, que son pacíficos, estables y tolerantes.

Más allá de las diferentes interpretaciones nacionalistas y de la adecuación de una explicación determinista en la tipología de los yugoslavos, la dualidad montaña-tierras bajas pasó a formar parte del acervo popular, utilizándose como premisa cuando se trataba de explicar el carácter balcánico y la etiquetación de una mentalidad de las “Tierras Altas” y de las “Tierras Bajas”. Cada cual reinter-

pretó estas diferenciaciones según sus creencias, e incluso existieron diversidad de opiniones entre los serbios, ya que algunos autores utilizaron la expresión de la oposición entre montañeros y habitantes del valle de tal forma que las valoraciones se invierten: los dináricos se veían de forma negativa y los pueblos del valle de forma positiva, a menudo en términos similares a los utilizados por Tomasic o Stejpan Mestrovic –cuyo libro *Hábitos del Corazón de los Balcanes: carácter social de la caída del comunismo*, editado en 1993, se podría considerar una actualización del estudio de Tomasic–. Danko Popovic, autor del libro *Milutin* (1986), una oda a la Serbia campesina que llegó a las diecisiete ediciones, fue otro de los defensores de la tesis de la impetuosidad e irracionalidad de los dináricos de las Tierras Altas frente a la sobriedad, sabiduría y pragmatismo de los campesinos de las Tierras Bajas.

Recientemente, diversos estudios han rechazado la cientificidad y base real de esas teorías, aludiendo a que este esencialismo cultural y determinismo geográfico se instalaron en el imaginario comunal sin fundamento alguno, construyendo una falacia que ha tergiversado la imagen de todo un pueblo a través de un simplismo muy peligroso. La creación de estereotipos es uno de los mayores problemas cuando de analizar una cultura se refiere, y, en ese sentido, el reduccionismo en que inciden estas clasificaciones por tipologías es evidente. Pero, más allá de la visión personal de cada uno, la realidad es que estas tesis han sido muy extendidas, tanto a nivel interno como en la opinión internacional, produciéndose en muchas ocasiones una yuxtaposición entre los fenómenos observados en la realidad y la idea que se ha instaurado en el imaginario colectivo. Estos planteamientos se pusieron especialmente en boga cuando estalló el conflicto que acabó derivando en la descomposición de Yugoslavia, a modo de cuasi coartada que explicase –con el maniqueísmo habitual en estos casos– el porqué de los encarnizados y sangrientos actos que sucedieron. Repasar las diatribas de la prensa internacional en tan aciagos días no hace más que constatar este hecho.

Resulta muy difícil precisar hasta qué punto esta argumentación antropológica y cultural pudiera explicar algunos rasgos de carácter de la población yugoslava, pero, en todo caso, los jugadores de baloncesto no dejaban de ser miembros de esa comunidad. De la validez o no de dicha explicación cada uno ha de extraer sus propias conclusiones.

Aunque la unanimidad se antoja imposible.

#### *Aspectos sociopolíticos: socialismo y kosarka*

Cuando se trata de encontrar las claves de la mentalidad y determinación de los jugadores yugoslavos, existe una argumentación mucho más palpable y comúnmente aceptada: la influencia que tuvo, sobre su ambición, el régimen político socialista de la República Federal de Yugoslavia. Esa es la visión adoptada mayoritariamente por los profesionales del baloncesto en Europa, por los que eran sus

rivales en la pista o sus propios compañeros cuando los yugoslavos emigraban al extranjero, aunque en líneas generales prensa y público tenían ideas parecidas. Teorías que chocan frontalmente con lo expresado por muchos de los propios protagonistas del *kosarka*.

La imagen extendida por los medios de comunicación internacionales era que el socialismo implantado por Tito, a pesar de su éxito inicial, no pudo sacar al país de la pobreza y situación precaria que arrastró tras la Segunda Guerra Mundial. El pensamiento occidental siempre fue ese, englobando las realidades sociales de los países del bloque comunista del Este en un mismo grupo, a modo de estandarización. Repasar cualquier hemeroteca de cualquier medio generalista sirve para constatar esa tendencia. Pero la mayor parte de los ex yugoslavos entrevistados en la elaboración de este trabajo muestran una opinión muy diferente: “¡Si nuestro pasaporte era más válido que el español!”, comenta Bozidar Maljkovic. “Podías estar tomando una cerveza en cualquier terraza o coger un avión para ir a Londres”, añade el técnico serbio. “La primera vez que vine a España, en el 76, en líneas generales las condiciones de vida eran mejores en Yugoslavia que aquí”, recuerda Vladimir Stankovic, muchos años afincado en suelo español. “Nosotros no vivíamos en un comunismo duro como el de la URSS. Podíamos entrar y salir del país, disfrutar de muchas cosas que en otros países del Este no podían”, afirma el croata Zan Tabak.

La dualidad de ambas visiones marca también las argumentaciones relativas a la ambición yugoslava. Por un lado, la percepción capitalista: en una sociedad en la que era muy difícil ascender económicamente, la práctica del deporte se erigía en una vía inmejorable para mejorar las condiciones de vida. Lógicamente, ello repercutía en la determinación de la mayoría de los jugadores, que sabían que disponían de una oportunidad única que les convertía en privilegiados. Sin llegar a ser ricos, el ser un deportista de alto nivel conllevaba una serie de prebendas y concesiones que distaban mucho del habitante estándar de Yugoslavia. “Muchas veces comparo a los jugadores yugoslavos con los negros estadounidenses que viven en barrios marginales. Ambos encuentran su salida en el deporte”, comenta Nacho Solozábal. “En Yugoslavia, ser deportista suponía un estatus. Si te decían ‘Tienes que entrenar siete horas diarias’... ¿cómo no ibas a hacerlo?”, afirma Franco Pinotti.

No hay motivación más universal en el ser humano que progresar en su estilo de vida. Aspiración primigenia e intrínseca a la naturaleza del hombre, ha constituido el motor de los grandes avances a lo largo de la historia, ya sean culturales, políticos o científicos. Pero si el deseo de ascender es universal, la fuerza de ese sentimiento no lo es tanto. Mejor dicho, la intensidad es mucho mayor cuando va acompañada de la necesidad. No es el mismo caso tener unas condiciones de vida desahogadas e intentar mejorarlas que vivir en condiciones precarias, en el umbral de la pobreza y luchar por salir de ella. Aunque el término utilizado sea común a ambas situaciones, el empuje y vigor son muy diferentes. La más cercana definición de supervivencia, mucho más profunda y endógena, es la

potencia de la emoción. Alejarse del punto más bajo —el simple hecho de sobrevivir— supone ir diluyendo la magnitud de esta fuerza vital. Pero... ¿era esa la situación de Yugoslavia?

La idea predominante en el baloncesto europeo es que esa motivación básica marcaba la práctica del deporte de los jugadores yugoslavos desde sus inicios. Una mezcla de admiración y sorpresa —quizá también cierta condescendencia— acompañaba tradicionalmente las valoraciones de jugadores de otros países al comentar la cantidad de horas que entrenaban, ya desde etapas formativas, los baloncestistas de los países del Este. La Europa Occidental es muy diferente de la Oriental y la mentalidad es producto de aspectos educativos mezclados con el estilo de vida. Es necesario tener muy presente ese cambio de perspectiva social y cultural cuando se trata de analizar la Europa del Este desde los países mediterráneos, algo que con frecuencia se olvida y que, tradicionalmente, ha sido una de las grandes taras de estas visiones. Los análisis políticos a este lado del continente son una de las muestras más palpables de ello, muchas veces condicionados por la extrañeza y la incompreensión ante un sistema funcional a veces en las antípodas de la perspectiva occidental.

Así pues, la creencia generalizada fue que la situación político-económica influyó sobremanera en el carácter competitivo de los jóvenes jugadores yugoslavos. La ambición por mejorar sus condiciones de vida, unida a la propia tradición formativa del país, llevaba a la asunción natural del trabajo como máxima ineludible y a orientar todos los esfuerzos a ese objetivo. “Los equipos yugoslavos estaban llenos de gente joven con mucha hambre, cuya única opción de progresar en la vida era irse al extranjero, y que iban a hacer lo que hiciera falta y más”, afirma Juanan Morales. Este último matiz no es banal, pues la actitud voraz que transmitían sus jugadores resultaba, de tan palpable, un arma más que muchas veces chocaba con otras mentalidades. Los miembros de cualquier conjunto balcánico hacían todo lo que fuese por ganar. Y, en este caso, “todo” no es una manera de hablar. Claro ejemplo de la perspectiva cultural señalada, ese ansia por imponerse, de plasmar nítidamente y sin debates su superioridad, fue un aspecto muy —cuando menos— controvertido de sus equipos y jugadores. La representación teatral de Kicanovic y Slavnic ante la URSS en el Europeo de Lieja, los escupitajos de Drazen Petrovic con la Cibona y sus gestos hacia la grada desquiciando a sus *enemigos* del Real Madrid, la propia reacción del público en la capital española en el encuentro URSS-Yugoslavia del Mundial’86, el juego físico y subterráneo de la mayoría de sus equipos, las actitudes desafiantes ante rivales o espectadores... En muchos países no se veía con buenos ojos ese comportamiento, calificándolo de poco deportivo, y que provocó el rechazo —en algunos ejemplos concretos, casi se podría denominar animadversión— hacia una forma de actuar que destilaba fiereza competitiva o actitud humillante, según el grado de repudio del interesado. Perspectiva cultural.

Pero las argumentaciones que fundamentan la mentalidad yugoslava como consecuencia del régimen político y la situación social de sus habitantes

no encuentran demasiados adeptos entre los propios protagonistas, aquellos que vivieron esa realidad desde el interior. “Sé que Alfred Julbe, a quien quiero mucho y somos muy amigos, ha dicho en alguna ocasión que la situación social era uno de los motores de nuestra competitividad, pero nunca hablé con él sobre este tema. Yo no estoy de acuerdo, creo que es un tema más ligado a nuestra educación”, comenta Maljkovic. Por su parte, Zeljko Obradovic no cree en distinciones: “Yo, después de la experiencia que tengo, no creo que la mentalidad de los jugadores dependa de su nacionalidad. Eso depende de cada uno, sea griego, español, serbio, lituano, lo que quieras. Depende de cada persona, de lo que ama el baloncesto, que quiere y cree que puede meter el tiro. Yo he tenido jugadores de muchos países a mis órdenes y nadie me puede convencer de esto, de que por ser yugoslavo, o serbio, eres, no sé, más grande. Es consecuencia de cada jugador, de que en ese momento haya una buena química dentro del equipo, de todas esas cosas”, afirma el técnico de Cacak. “En ese sentido, los jugadores de aquella generación de Yugoslavia, tanto los de los setenta como los de los ochenta, no tenían miedo a ganar”.

Por un motivo u otro, la competitividad yugoslava nacía ya desde la etapa de formación. El deporte fue muy promocionado en todos los países del bloque comunista como medio de expresión nacional, y si los jóvenes querían aspirar a progresar para llegar a lo más alto, la primera criba tenía su origen en las categorías inferiores. Con tantos jugadores con aptitudes naturales, intentar despuntar significaba imponerse a los aspirantes, y las incontables horas de trabajo eran un requisito asumido y aceptado. La rivalidad era máxima por lograr la primera gran meta, alcanzar la plantilla sénior de cualquier club de la *Prva Liga*. Se hacía lo que hiciese falta para conseguirlo. Sesiones maratonianas a diario, obsesión permanente por progresar. Materializar el tan ansiado objetivo era una batalla que había que ganar como fuese. Predrag Danilovic hace referencia a esta situación, ligándola a la realidad social de la época: “Nosotros no éramos como los jóvenes de ahora. No podíamos comprarnos motos, ni coches, de jóvenes, como en España o en Italia. Lo único que pensábamos las 24 horas del día era en baloncesto. En Italia había muchos buenos jugadores, pero siempre ganábamos a los italianos y seguramente era porque teníamos más hambre. Era una cuestión de mentalidad. Mucha gente juega al baloncesto para comprarse un coche, para hacer dinero, chicas... Todas esas cosas llegan con el baloncesto. Pero no debes jugar para eso. Al *kosarka* se juega porque quieres llegar a un nivel, a una meta, y todo lo demás llega solo”. Palabras casi idénticas a las que enuncia Dino Radja: “El deporte de hoy no me gusta. Ahora el motor es el dinero. A los jugadores no les importa nada, sólo cuánto dinero me das. Para nosotros lo primero era el amor por el deporte. Era importante ser mejor que los soviéticos, los italianos o los españoles”.

La perspectiva externa habitualmente infiere que la ambición de los jóvenes yugoslavos no se veía saciada con ser miembro de un equipo de primera división. Estos tenían unos ingresos por encima de la media, pero no garantizaban

un futuro económico sólido. El siguiente gran motor competitivo era llegar a la *Reprezentacija*, pues este hecho suponía un salto tanto en estatus —con diversos privilegios por parte del Gobierno— como en cantidades económicas, no en vano ser internacional absoluto aportaba un notable plus en las ganancias. Otra gran lucha, otra criba que conllevaba imponerse a un buen número de aspirantes al deseado premio. “El plus económico por jugar en la selección era importantísimo. Los internacionales cobraban dietas, primas... Para los yugoslavos la selección lo era todo, la manera de ganar dinero y prestigio”, dice Nacho Solozábal.

La tercera gran circunstancia comúnmente aceptada incidía en que el desmedido anhelo por avanzar era consecuencia de la reglamentación de salida del país exigida por el socialismo de Tito. Inicialmente situada en la treintena, posteriormente fue rebajada a los 28 años (con el servicio militar realizado, siempre antes de los 27) y 150 internacionalidades, una vez el régimen consideraba que se habían acumulado suficientes méritos en el “servicio a la patria”. No había lugar al acomodamiento prematuro por haber accedido al profesionalismo. En el horizonte, una fecha permitía dar el salto a otra competición y, con ello, elevar exponencialmente la remuneración recibida, esta vez sí suficiente para asegurar el futuro económico. En la década de los setenta, los Kicanovic, Slavnic, Delibasic o Dalipagic emigraron a otras ligas el primer año que pudieron hacerlo, cuando llegaron a la edad exigida. Otros jugadores sin tanto renombre y calidad lo hicieron a ligas o equipos de menor nivel, pero el objetivo de alcanzar la cima personal era común a todos ellos. A diferencia de la URSS, cuyas figuras tradicionalmente no tenían posibilidad de salir al exterior, los jugadores yugoslavos tenían una fijación que servía de motor para crecer, superarse a sí mismos... y a los demás. La clave residía en el intento de ser lo mejor posible —más aún, el mejor— para, una vez cumplida la normativa, poder estar en disposición de conseguir un gran contrato, en un club potente y una competición fuerte. De nuevo la pugna por progresar, la competitividad reinante, la obligación de superar los obstáculos en forma de rivales para consumir el objetivo. Como ilustra Juanan Morales, “nuestra situación económica y social era muy diferente. Yo no sé qué haría en su lugar; si mido 2.10 y juego contra jugadores de otros equipos que viven mejor que yo, pues me planteo qué he de hacer para vivir así. Yo quizás hubiese hecho lo mismo”. La misma opinión tiene Josep Maria Margall: “Cuando tú tienes como finalidad ganarte las habichuelas, entrenas más y haces lo que sea por sobresalir. Lo que sea”.

De igual manera que sucede con anteriores cuestiones planteadas, estos argumentos no coinciden con los de algunos de los protagonistas: “En cuanto a las horas que entrenábamos, yo sólo puedo hablar por lo que yo viví, la Jugoplastika y la selección yugoslava. Sí que entrenábamos muchísimo. Y esta era una cosa que surgía desde el principio. Desde el primer día era un orgullo ir a trabajar más, intentar esforzarte más... Pero no puedo hablarte de todos los clubes de Yugoslavia. Yo puedo hablar de la Jugoplastika y de la selección. Y nosotros allí teníamos esa cultura deportiva: la cantidad de trabajo, la dedica-

ción...”, afirma Zan Tabak sobre su etapa en Split. Zeljko Obradovic no cree que el secreto radique en un afán económico: “¿Y por qué Pau Gasol es un gran jugador? Esa es mi respuesta. ¿Por qué vive en otro país? Porque le gusta el baloncesto y ha trabajado como ha trabajado. ¿Puede decir la gente de Gasol lo mismo que de los yugoslavos?”. Opinión corroborada y ampliada por Vladimir Stankovic: “El tema de los motivos económicos yo creo que se puede aplicar más para los soviéticos. En Yugoslavia, a partir de la década de los sesenta, tuvimos oportunidad de viajar y conocer mundo. Por lo tanto no era un hambre de salir del país. Los jugadores vivían bastante bien, empezaron a ganar dinero. Se le llamaba un amateurismo falso, porque oficialmente no se introdujo el profesionalismo en Europa hasta más tarde, pero todo el mundo sabía que a los jugadores se les pagaba y en algunos casos muy bien. Además de otros beneficios, ya que los clubes compraban pisos para ellos. Estos pisos no eran de su propiedad, pero una vez se obtenía el derecho a vivir en ellos era para siempre, aunque no fueran los propietarios. Y después, cuando en los años noventa llegó la ola de privatización de todos estos pisos, se compraban por muy, muy poco dinero. Por lo tanto, un jugador de 22 años disponía de una vivienda bonita, muchas veces incluso se le regalaba un coche, tenía dinero, ya fuese en negro o en blanco, no pagaba hoteles. Vivía por encima de la media. No tenía esta motivación de salir del país”.

El periodista serbio, que ha informado sobre las selecciones de fútbol y baloncesto por espacio de más de tres décadas, añade: “Las conclusiones sólo se pueden extraer hablando con los jugadores. Ellos son más directos y dirán ‘Yo he salido porque quería vivir mucho mejor’ o ‘Ese no fue mi caso’. Yo creo que esto te lo pueden decir jugadores de 1992, 93, 94, con la guerra. Pero de 1975 en adelante, muy pocos. Porque no vivíamos mal. Es otro tipo de vida, otra cultura, y seguro que también influían las ganas de aprender otros idiomas y conocer otros estilos de vida. Pero yo creo que el motivo principal no era salir de la miseria”.

Uno de los que salieron del país para continuar su carrera profesional fue el propio Zeljko Obradovic: “La temporada que acabé mi carrera de jugador tenía una oferta de bastante dinero en el extranjero. Y me dije: ‘No, yo quiero ser entrenador’. Aunque gane menos dinero. El primer año lo ganamos todo y yo fui el único que no tuvo primas de campeón de liga y Copa de Europa. Me vinieron muchas ofertas y dije: ‘No, yo quiero trabajar un año más con el Profesor Nikolic’. La segunda temporada no recibí ni una sola peseta en todo el año, no pude cobrar, porque la situación era muy difícil. Yo tenía para vivir, así que me daba igual. Entonces llegaron ofertas. Hablé con Kicanovic, Savovic y el Profesor Nikolic y me dijeron: ‘No, tienes que salir. No por el dinero, sino porque tienes que aprender y ahora tienes la posibilidad de mejorar en el extranjero. Vete, que es una gran oportunidad para ti’. La oportunidad que me ofreció en su momento el Partizan fue tan grande que no me importó no cobrar”, añade el técnico serbio. En una entrevista concedida a la revista *Nuevo Basket* en 1986,

Danko Cvjeticanin declaraba: “Yo gano unos ocho mil dólares al año. Sé que en comparación con España es una cifra muy baja, pero en el contexto del nivel de vida yugoslavo permite llevar una vida cómoda, pues los precios son menores en comparación con otros países. Si quiero ganar mucho dinero deberé fichar por un equipo italiano o español. Sin embargo, tengo otras ventajas, como son los estudios. Estoy en la Facultad de Ciencias Económicas y tengo privilegios en cuestión de los exámenes; las fechas siempre se amoldan a mis necesidades, pues debo viajar mucho”.

Este tipo de declaraciones van más en la línea que fundamenta el éxodo de los jugadores balcánicos en el hecho de que ya lo habían conseguido prácticamente todo en sus clubes de origen o en la propia selección yugoslava, y pocos alicientes más les quedaban para seguir en la liga de su país, en la que frecuentemente debutaban a edades muy tempranas. “Quien quiera mis servicios puede dirigirse a mí mismo. ¿Mi cotización? Puedo asegurar que el tema económico no sería problema, pues no siempre el dinero lo es todo. Jugar en un buen equipo y sentirse a gusto a veces no tiene precio”, declaraba Ratko Radovanovic a *Nuevo Basket* en el mismo año 1986. En contraposición, un hombre de la cotización de Zarko Varajic, capitán del Bosna de Sarajevo, miembro de la *Reprezentacija* y que ostenta el récord de anotación en una final de la Copa de Europa, decidió en 1981 irse a jugar a una competición de poco nivel, como era la de Emiratos Árabes, donde había también diversos entrenadores yugoslavos. “Yo creo, igual que sucede con lo del carácter ganador, que el tema de ir a jugar al extranjero era una cuestión individual”, comenta Zeljko Obradovic.

Independientemente de su origen y de si este gravita en torno a aspectos sociopolíticos, la pasión competitiva de los yugoslavos, plasmada en el ardiente anhelo de lograr el respeto de compañeros y rivales, era también aprendida y asimilada por imitación. Cuando el individuo se desenvuelve en un entorno muy competitivo, tan sólo los más fuertes sobreviven, y es necesario adaptarse al medio para hacerlo. La selección natural de Darwin aplicada al mundo del deporte. El deseo ganador se retroalimenta y era condición indispensable para asomar la cabeza en un baloncesto repleto de caracteres voraces. A la inversa, esa mentalidad también se contagiaba y se podía transmitir a los compañeros más cercanos. “Sasha (Djordjevic) es el jugador más competitivo y resolutivo que he visto. Tenía una capacidad para decidir en los minutos de la verdad que no he visto a nadie. Esa sensación de ‘tranquilos chicos, que aquí estoy yo’ la transmitía. Hacía mejores a los demás”, recuerda José Luis Galilea. ¿Difícil compartir vestuario con alguien de esa mentalidad? “No, para nada. En el trato diario era muy cercano. Sí que es cierto que este tipo de jugadores te tienen que respetar y de vez en cuando te prueban. Y cuando lo hacen, has de reaccionar de la manera correcta. Si lo haces, van a muerte contigo. Los americanos también son de hacer estas cosas”. ¿Algún ejemplo? “Un día en el entrenamiento tuve un encontronazo con Sasha. Nada serio, típicos roces de los que hay a miles en cualquier equipo con gente que son amigos entre sí. Yo jugaba muy poco aquel

año, pero le planté cara... Y ningún problema. A ellos les gusta la gente con carácter. Con carácter y que trabajen”.

La competitividad formaba parte del carácter yugoslavo, no tan sólo dentro de las canchas, sino también en otros muchos contextos. “Las dos temporadas que coincidí con Slavnic, yo tenía las mañanas libres y quedaba con él para ir a tirar o jugar unos contra unos. No le gané nunca en esos dos años y eso que íbamos un par o tres de veces a la semana. Me hacía todas las putadas del mundo, me cogía, me estiraba, gritaba que no era falta si yo la pitaba. Cualquier cosa menos perder. Esas ganas se notaban. Y nunca pude decir: ‘¡Eh, yo te he ganado!’. Nunca”, comenta Josep Maria Margall, rememorando sus vivencias con el genial base de Belgrado.

En caso de que la explicación contenga aspectos antropológicos inherentes a las aspiraciones ancestrales del ser humano, cabe cuestionarse si cuando se logra colmar la necesidad de seguridad, esta pasión se diluye. Si una de las diferencias es la realidad socioeconómica... ¿Qué pasa cuando esta se equipara a la de los demás? “Yo me he encontrado con jugadores de la ex Yugoslavia de los que piensas ‘Joer, se están escaqueando. Si se supone que están acostumbrados a entrenar más que tú, que se pasan horas... y va el tío y está perreando’. Pero, por otra parte, Jordi Pardo, por ejemplo, fue compañero de Ivanovic en el Girona y me decía que entrenaba, entrenaba y entrenaba. Dusko lo que predica como entrenador lo hizo como jugador. Supongo que ahí ya va a las características personales de cada uno; los habrá que mantengan ese ansia competitiva y otros lo harían en su etapa de juveniles, pero cuando llegaban a equipos extranjeros, no tanto”, comenta Juanan Morales.

“Bueno, Savic trabajaba muchísimo. Tenía una capacidad de trabajo impresionante”, afirma Galilea. “Y yo he visto con mis propios ojos, cuando era juvenil en el Real Madrid, a Drazen Petrovic quedarse dos horas a tirar después de entrenar. Y ya era el mejor jugador de Europa. Se iba Fernando Martín, se iba Biriukov... y allí se quedaba él. Saliendo desde medio campo, haciendo cambios, trabajando la técnica individual. Y se pegaba unos mates increíbles. Mira que luego en los partidos jamás los hacía.”

Más allá del debate sobre el instinto competidor, la realidad sociopolítica de Yugoslavia repercutió en un aspecto del carácter yugoslavo. Eran personas acostumbradas a madurar prematuramente en comparación a otros jóvenes de sociedades más desahogadas, con plena autoconciencia de la situación del país y que sabían cuál era el camino a seguir para conseguir progresar económicamente. La convicción de que en un futuro emigrarían a otros baloncestos y culturas, conjugados con un sistema educativo sólido, exigente y de tendencia políglota, les llevaba a estar muy preparados para la vida en otros entornos. Adaptación al medio. En general, gente que estaba muy atenta a cualquier detalle a su alrededor, controlando siempre cualquier percance por nimio que fuera. Y facilidad para los idiomas, poca duda cabe. Lo cual no deja de ser un recurso de adaptabilidad. “Yo tenía muy buen *feeling* con Moka (Slavnic). Cuando llevábamos un

mes, estábamos en una charla en la que nos explicaban los sistemas. Quise traducir lo que decía Antoni Serra (el entrenador) para ayudarle y me dice: ‘Eh, eh, calla. No me expliques nada, que ya sé, joder’. Los yugoslavos son vivos, pillos, listos. Kicanovic, Delibasic... Además, aprenden el idioma en cuatro días. Y se relacionan. Por ejemplo, Moka llegó aquí e iba por la calle, saludaba a todo el mundo, se interrelacionaba con la gente... Zoran era un caso especial. Muy, muy extrovertido. En general son vivarachos, saben cómo actuar. Y en la cancha se notaba”, comenta Josep Maria Margall.

La misma opinión tiene Nacho Solozábal: “El yugoslavo en cuatro días se hace el jefe de todo. Manda, habla, dirige... Supervivientes. Además, eran unos trotamundos, y sabían controlar todo el entorno, elegir el escaparate ideal para destacar, eran muy conscientes de si el partido se televisaba o no... Eran muy inteligentes, no sólo para el baloncesto, sino en cualquier aspecto de la vida”.

Pocas anécdotas tan simbólicas como la que cuenta Margall: “Moka aprendió a jugar al mus en cuanto llegó aquí. Un juego complicado, inexistente en su país. Él veía que todo el mundo jugaba y su carácter le llevaba a intentar vencer en aquello en lo que se suponía debía ser peor que nosotros. Iba con su personalidad, y las reglas del juego premian a los astutos. La tercera vez que jugó, ya nos ganó”.

Asombroso este Zoran “Moka” Slavnic.

“Bueno, los compañeros del Real Madrid en la selección me dijeron que Delibasic tardó cuatro días en ganarles”.

### *La vía de la educación*

*En Yugoslavia teníamos talento para competir. Nosotros siempre tenemos un sentimiento de que debemos competir con alguien. Desde niños, en el juego, queremos derrotar al otro como sea. Yo pienso que proviene de nuestra educación en casa, de nuestros padres, y creo que es muy positivo. Nuestros padres no tuvieron posibilidades de hacer deporte o cualquier otra cosa donde pudieran competir. Después de la Segunda Guerra Mundial, todo el mundo quería hacer una nueva vida, y no había tiempo para el deporte. Las nuevas generaciones sí tuvimos esa oportunidad. De esta competitividad creo que sale el talento para cualquier deporte, y así surgieron jugadores de fútbol, baloncesto, balonmano...*

(SAMIR AVDIC, integrante de la generación de Bormio, Sarajevo, 2010)

El decisivo impacto de la situación económica del país en el carácter y ambición yugoslavo no es la única teoría. Sí la más extendida, pero hay opiniones que dotan de mucho más peso a la influencia del sistema educativo y a los valores concretos de su sociedad. Como dice Juanan Morales, “la competitividad no se puede explicar tan sólo por el socialismo, porque los checoslovacos también eran comunistas. Por h o por b, los yugoslavos eran extremadamente competitivos.

Hay muchas más razones que el hecho de progresar económicamente". Si en los análisis desde fuera de sus fronteras los motivos sociales y económicos suelen ser los más esgrimidos, cuando son los propios protagonistas los cuestionados el denominador común hace referencia a la tradición, valores y pedagogía de la estructura educativa yugoslava; restándole importancia, en suma, a las explicaciones generalizadas desde el exterior.

La competitividad y el fuerte nivel de exigencia eran conceptos muy arraigados en la estructura formativa yugoslava. Ésta premiaba al que destacaba sobre los demás, fijando cotas de rendimiento muy altas e interiorizando, ya desde muy jóvenes, la cultura del esfuerzo máximo y la autosuperación. Las competiciones matemáticas o de conocimientos generales entre diferentes colegios formaban parte de la rutina. Nuevamente es necesaria la perspectiva sociocultural para poder entender las diferencias con Occidente. El propio afán de los baloncestistas yugoslavos por simultanear los estudios con el deporte —por mucho que el sistema concediera facilidades a los estudiantes— es sintomático de los valores instaurados en la sociedad balcánica. En pocos baloncestos, durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, existe tal cantidad de jugadores que compaginaran su trayectoria deportiva con estudios universitarios. El esfuerzo como máxima, con la figura paterna ejerciendo de primer transmisor de unos valores que tenían su origen en la tradición y la familia como núcleo primigenio. Todos los niños y niñas se veían imbuidos en unos ideales que formaban parte del entorno familiar, escolar y, por ende, social. "Desde luego, el sistema educativo fue muy importante en la personalidad de los jugadores yugoslavos. El sistema era muy bueno. Otorgaba una educación muy amplia. Hubo algunos, como hay en todas partes, que no pudieron aprender nada, pero era poco común. Incluso entre los jugadores, quienes, con excepciones, nunca fueron alumnos excelentes. Pero para formar tu carácter influye mucho la educación. Cuanto más sabes, más puedes conseguir, por una vía o por la otra. Por su inteligencia, por su educación, no sólo por la capacidad física. Esto se ve en privado, no sólo en la cancha: sus declaraciones, cómo se expresan, cómo razonan...", afirma Vladimir Stankovic.

"Fui uno de los mejores de mi instituto", recuerda Zan Tabak. "Y sólo en mi último año, debido a los viajes de Euroliga, me permitieron saltarme algunas clases. Ingresé en la Facultad de Economía con Luka (Pavicevic) porque se lo prometí a mi madre y porque en aquella época ser deportista no te garantizaba resolverte la vida, como pasó después. De hecho, mi generación fue la primera que lo consiguió, antes no era posible", explica el antiguo pívot de la Jugoplastika y la selección croata.

Un ejemplo como el de Tabak no es infrecuente. Justo todo lo contrario. Las excepciones a las que hace referencia Vladimir Stankovic son muchas más que en otros baloncestos. "Fui el mejor estudiante de mi generación, campeón de matemáticas durante tres años seguidos", recuerda Luka Pavicevic. Zoran Jovanovic fue elegido estudiante del siglo de su instituto en Belgrado. Radenko

Dobras promedió 3,6 puntos sobre 4 en Ingeniería Informática en la Universidad de South Florida, llegando a ser *All-Academic* a nivel nacional. Más allá de las innatas condiciones intelectuales para ello, dejan entrever la influencia de los valores de exigencia máxima en los jóvenes de Yugoslavia, ya sea a nivel deportivo o académico. Junto a la inevitable referencia a los valores familiares, "para mí, es una cuestión familiar. Todo llega de la familia", Dino Radja hace alusión a los efectos de las durísimas sesiones de entrenamientos sobre la agresividad competitiva: "Pero cuando te entrenas duro tantas veces cada día, cuando compites tanto cada día, también es más fácil tener ese sentimiento competitivo. Tú, yo o el de al lado. Si entrenas durante un año una hora y media al día, de la cual sólo la mitad es en serio... Aquí entrenabas tres horas al día a tope ¿sabes cuánto mejoras en ese tiempo? La diferencia es grande. Esta es la clave del éxito en Yugoslavia. También de la mentalidad. Tú desarrollas la mentalidad competitiva con el trabajo diario. Si sólo haces unos pocos tiros por la mañana sin forzar no puedes luego competir. Aquí siempre era competición. Siempre. Aunque fuera el final del entrenamiento ¿Quién ha metido más tiros, quién ha metido primero cien tiros libres? Competición, siempre era competición", argumenta el croata. "La metodología de los entrenadores yugoslavos era más dura, desde luego. Y era algo aceptado por los jugadores, que sabían que era la única manera de llegar. Esto tiene sus raíces en el nivel de vida, pero yo creo que la ambición predominante iba en consonancia con el sistema educativo, que generaba la predisposición al sacrificio", afirma Vladimir Stankovic al respecto.

La interrelación entre los valores educativos, el entorno social y la mentalidad competitiva no se puede desdeñar. "La presión a veces era y es abrumadora. Y eso te hace más fuerte. Goran Ivanisevic, el tenista, que es de Split, dijo una vez: 'Me preguntan cómo puedo aguantar toda la presión de la competición. Después de la presión que ha ejercido sobre mí Split, mi propia gente... si supero eso, puedo aguantar cualquier cosa'. Y yo lo veo como Goran. En Split, si quedas segundo, no eres nada. He vivido en España, Turquía, Italia o Estados Unidos y nunca he vuelto a ver algo así. Y conlleva cosas positivas y negativas. Por un lado, este entorno me ha hecho más fuerte como persona, pero la exigencia está a veces fuera de la realidad", nos dice Zan Tabak. Algo similar expresaba Zarko Paspalj en 1994, cuando declaraba a la revista *FIBA Basket*: "En Yugoslavia no se entiende que las cosas no te salgan bien. Recuerdo perfectamente, no lo olvidaré nunca, que al volver a casa después de perder la final de los JJ.OO. contra la URSS, absolutamente nadie nos dio las gracias ni nos dijo 'bien hecho, muchachos'. Nadie. A veces uno se siente furioso". Esta cultura del ganador suponía una presión muy fuerte, que simultáneamente se naturalizaba y retroalimentaba en todas las capas de la sociedad. Los deportistas no iban a ser una excepción. "Hay algo de carácter, nadie quiere perder ni a las canicas. En otros países se dice 'bueno, hemos perdido pero no pasa nada'. En Yugoslavia, muchos jugadores, especialmente estos de un carácter ganador tan acentuado, con ansias de ganar cada partido, no lo entienden. ¿Cómo que no pasa nada? Ha pasado

algo, hemos perdido, tíos. ¿Cómo no podéis entender eso?. Tampoco tiene que ser el fin del mundo, pero sobre todo si has podido ganar y no lo has hecho por una tontería, o por miedo o no sé qué, sí que pasa algo”, comenta Vladimir Stankovic.

Y esa fiereza de carácter era vista de una manera totalmente normal. Lo único realmente importante era la victoria. El que habla es Bozidar Maljkovic: “El entorno familiar transmitía los mismos valores. Era algo totalmente aceptado, una opinión pública. Esa era una de las grandes diferencias con el resto de Europa. Aquí tenías un partido de niños pequeños. Tu rival tiene un punto de ventaja. Hace falta personal y dispones de dos tiros libres. Si el crío los mete, ganan. Si no, pierden. La mentalidad es que si los anota, pues es lo normal. Está solo, sin oposición. Pero si los falla, todo el mundo le ataca, le critica ferozmente”. Boza continúa su exposición: “Es algo espartano. Yo siempre digo que el niño casi no puede dormir en casa, hasta que su padre lo olvida. Es una exageración, pero se entiende. Es una vergüenza para la familia, un ataque al orgullo. Estabas solo, no podías fallar. En otros países se piensa que es lógico. Aquí no. Se le machaca, y eso produce más competitividad, más mala leche, más ‘quiero ganar. Ganar, debo ganar’. Es una presión brutal”. Maljkovic extrapola a los propios equipos: “Hay otra cosa que también es buena para ganar. En otros países, los mismos compañeros en el vestuario no le dirían nada a uno que ha fallado, le darían la mano y ya está. Aquí no ves eso. Aquí te dicen ‘fallaste porque no trabajaste bien, porque no se qué, debes meterla’. Es diferente”.

El propio Aza Nikolic escribía sobre ello en su *Selekcija u Kosarci*, la obra que resume las principales premisas de su filosofía: “Para un club organizado profesionalmente, es necesario mantener una cierta medida de entusiasmo o emoción para alcanzar objetivos individuales o comunes. La cohesión se da según dos criterios fundamentales: el emocional, cuando los miembros del equipo se comportan predominantemente como amigos, o el funcional, en el que los jugadores se atraen recíprocamente según el principio de colaboración funcional. Ambos criterios son válidos. Por ejemplo, nuestra selección nacional ha ganado una gran competición mundial cuando su cohesión se basaba exclusivamente en relaciones de recíproco respeto del valor técnico de los miembros, mientras que desde el punto de vista personal los jugadores mostraban un elevado grado de recíproca no aceptación. Años después, otra selección nacional ganó una competición internacional y la cohesión de este equipo se basaba predominantemente en el componente emocional de sus relaciones interpersonales: era, en efecto, una selección de buenos amigos”. Más allá de la aceptación pública de que en una selección yugoslava en concreto sus miembros se llevaban mal, lo que choca es la opinión personal de Nikolic: “Si tuviéramos que formular nuestra opción personal, el criterio funcional lo pondríamos en primer plano porque, por principio, asegura unos niveles de cohesión más ciertos y duraderos”. La percepción de Nikolic bien se pudiera aplicar al global de la mentalidad yugoslava. Competitividad sin límites. Lo fundamental es la victoria.

Sea como sea, lo que sí resulta incuestionable es que la mentalidad ganadora y el carácter competitivo de los jugadores yugoslavos supuso la gran diferencia entre ellos y el resto de países del Viejo Continente. Algo que cualquier jugador o entrenador a los que se enfrentaron corrobora inmediatamente. Igualmente pasa con los periodistas o espectadores que tuvieron el privilegio de asistir a algunas de sus exhibiciones in situ. Era un arma más, como lo era la capacidad física o técnica; quizá la más poderosa y nociva para los equipos adversarios. Aunque hay gente que opina que también para los propios. Ettore Messina destaca la relevancia que tuvieron los entrenadores yugoslavos en la conformación de ese rasgo tan asociado a sus jugadores: “Yo creo que esa mentalidad tiene mucho que ver con el papel del entrenador. Es respetado por todos, tiene una función pedagógica, y eso les permite influir mucho en la mentalidad de los jugadores a través de una exigencia extrema”. Pero el técnico italiano no cree que fuese el único motivo, ni mucho menos. Su enumeración causal coincide con el sentir general: “Eso, al margen de que también era muy importante que tenían un nivel de competencia muy fuerte, el hecho de que no podían salir del país hasta los 28 años, que el deporte era una forma de éxito que daba acceso a una vida mejor... Y que ellos, por supuesto, tenían una enorme competitividad interna que en otros países no tienen”. ¿Usted cree que en toda Yugoslavia tenían una mentalidad similar? “Bastante similar, pero en eso los serbios eran los más destacados”.

Uno de los más distinguidos exponentes de ese carácter ganador, como es Aleksandar Djordjevic, ofrece su opinión: “Influye todo: la familia, la vida, la educación. Yo llegaba a casa después de haber hecho un buen partido y mi padre, que había sido entrenador, me decía: ‘Veinte puntos, sí, pero has fallado en esto, esto, esto y lo otro, y lo otro...’. Eso es autoexigencia. Nuestros entrenadores también eran muy importantes para ello”. A lo que Sasha añade: “Y la calle, la vida. También hay que ser cabrón dentro de la pista. Y nosotros, si tenemos que ser cabrones, lo somos”.

Probablemente nunca se encuentre una explicación concreta para esta característica. El determinismo no suele ser un método adecuado para argumentar aspectos tan complejos como son los psicológicos. El resultado final es consecuencia de una miríada de factores, algunos de ellos de influjo directo y otros de incidencia indirecta. En el presente o por tradición; por antropología, historia, tradición épica o educación; por sociedad, valores o características personales. Dependiendo de la situación concreta y específica de cada individuo. Imposible cuantificar la incidencia de cada factor: “Influye un poco de todo: la cultura, la educación, la montaña que obliga a superar situaciones adversas... Si tienes que salir y estás a -20º, a lo mejor alguien que ha vivido toda la vida en el Mediterráneo se da la vuelta y vuelve a casa. Tienes que sufrir. No sé, es un conjunto de elementos, no hay sólo uno. Seguro que tiene que ver con la tradición, y con tantas guerras y tantas batallas, y con las narraciones épicas... Pero no puedo decir que esto es clave y tiene más importancia que lo otro. Hay muchas cosas

más, yo creo que tiene que ver el sistema educativo. O el peso de la educación familiar, o... Es muy difícil realizar una definición exacta", concluye Vladimir Stankovic.

Lo que sí parece claro es que todos esos factores confluían en la mentalidad de los jugadores. Y, en algunos casos extremos, el producto definitivo resultaba abrumador... y muy palpable dentro de la pista. Para todos. Incluidos los rivales: "¿Que elija a un jugador que ficharía para mi equipo? A Predrag Danilovic. Lo que me ha contado Ranko Zeravica, lo que me ha dicho Ettore (Messina), lo que yo mismo vi en el Europeo Júnior del 88 en que era seleccionador... Ese carácter, ese enfrentamiento con el entrenador contrario, provocándote con la mirada, diciéndote con los ojos 'prepárate, que te voy a ganar...'. Estas son declaraciones de Manel Comas en una entrevista a la revista *Gigantes del Basket*, durante un *clinic* de entrenadores en el año 1998.

Aunque pocas descripciones tan gráficas como la siguiente. Y esta vez, por parte de un compañero: "¿Djordjevic? Sasha es Dios. Fichó con nosotros y se vino casi directamente al partido contra el Granada. Ni siquiera entrenó. Hicimos un par de cositas, para que viera algún que otro sistema. Llegamos allí y el partido que se empieza a complicar. Ay, ay... El cabrón, cuando queda un minuto, coge la pelota, nos manda a todos abajo y mete un triple. En la siguiente jugada anota el Granada, y Sasha nos vuelve a enviar a todos abajo y... ¡pum! Anota otro triple. Nos fuimos con la sensación de 'ya tenemos líder'. En un día se nos había metido en el bolsillo a todos". El que habla es Manel Bosch, quien compartió vestuario con Aleksandar Djordjevic en el FC Barcelona. Una experiencia que recuerda nítidamente más de una década después: "No estábamos acostumbrados a que viniera alguien y nos metiera broncas, que hablase de esa manera desde el principio. Pero no te sabía mal. Normalmente, en un equipo, cuando te dicen esas cosas, piensas: '¡Hostia!'. Pero es que él se lo había ganado. Transmitía seguridad en sí mismo. Tú por aquel tío lo hubieses dado todo. Se convirtió en el jefe, '¡a sus órdenes!, ¿qué tengo que hacer?'. Y cuando él hacía una cosa, pues todos a cumplir".

¿Podría definirle de manera resumida?

"Era un líder. El puto jefe. Yo es el más grande que he visto nunca. Además muy íntegro. Tenía mucha seguridad en sí mismo y transmitía seguridad a los demás. Y es que técnicamente era una maravilla, tiraba con una mano encima... y la metía."

## HOLISMO

La disección es un recurso que utiliza la mente humana para intentar comprender los fenómenos complejos. El jugador de baloncesto yugoslavo, como todos, era un compendio de cualidades físicas, técnicas, tácticas y mentales. A su vez, estas eran producto de infinidad de variables. Ningún país europeo creó jugado-

res de tan magnificente categoría en cada una de estas facetas. Los que se podían igualar en alguna, no lo hacían en otras. La URSS rivalizaba en capacidad física y técnica, pero no lo hacía en ambición ganadora. Los italianos mostraban una intensa fiereza competitiva, pero no disponían de un material humano equiparable biológicamente, ni tampoco en cuestión de fundamentos. Peor lo llevaban otros baloncestos, inferiores en cada una de las vertientes. Desde 1973 a 1991, la selección española se enfrentó en partido oficial a la yugoslava en diecisiete ocasiones. Únicamente pudo imponerse en dos, en el Europeo de Nantes'83 y en Los Ángeles'84, coincidiendo con los últimos vestigios de una etapa y el subsiguiente periodo de transición. Las mismas victorias que consiguió la selección italiana, en su caso sobre catorce partidos. Y España e Italia pertenecían a la nobleza del baloncesto europeo. La mayoría no consiguió vencerles nunca.

Los propios jugadores yugoslavos, sus características concretas, se veían enmarcados dentro de una estructura de gran sofisticación. La *Inteligencia*, el cuerpo de entrenadores, los formadores y sus ideas... Lo que los jugadores plasaban en la pista era consecuencia de una planificación que se fue refinando durante décadas, en la que se transmitía lo aprendido de generación en generación, acumulando el peso histórico de la tradición y añadiendo nuevos conceptos. Suma y sigue.

Ningún sistema es perfecto. Pero el modelo yugoslavo, cuando lograba cristalizar en el producto final los factores que convivían en su baloncesto y sociedad, alcanzó unos niveles de excelencia absolutamente rupturistas. Tal y como sucedió con las últimas promociones que engendró, en las postrimerías de un país que se disolvía y que personificaron el fin de una época. Y el inicio de otra.